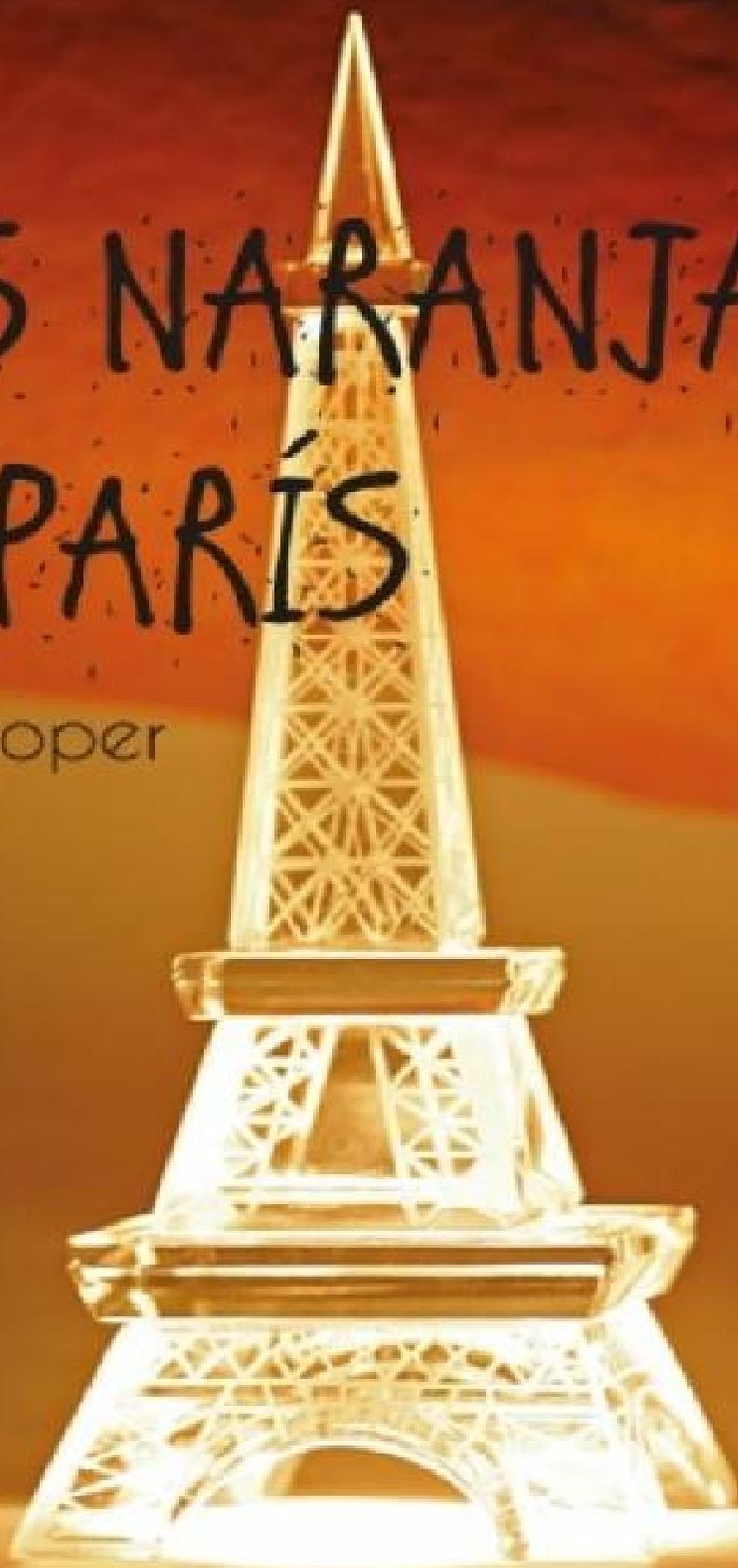


LAS NARANJAS DE PARÍS

L.A Cooper



AURORA
LIBROS

LAS NARANJAS DE PARÍS

L.A Cooper

AURORA
LIBROS



AURORA LIBROS

Primera edición: marzo 2017.

© L.A Cooper

© Aurora Libros

www.auroralibros.com

contacto@auroralibros.com

Aurora Libros apoya la protección de los derechos de autor. Los derechos de autor estimulan la creación de ideas, la libertad de expresión y favorece la cultura. Nuestro equipo agradece la compra de una edición autorizada de este libro y el respeto de los derechos de autor de esta obra.

Diríjase a CEDRO (Centro español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si quiere fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España

Impreso en La Imprenta Comunicación Gráfica. Paterna (Valencia)

Papel de la cubierta: estucado semimate de 300 g.

Páginas interiores: offset blanco de 90 g.

Tipografías: Candara y Caviar Dreams.

Las naranjas de París

L.A Cooper.

2017

Esta típica historia americana está
dedicada a la no tan típica americana
con quién quiero vivir mi historia.

Prólogo

—¿Te ha gustado esta historia?

—No, creo que es muy fantástica, es bonita, pero no es real...

—¿Y la de antes?

—¿La de Cristina?

—Sí.

—Es muy triste, no quiero que te mueras al final.

—Hmm... ¿Quieres que te cuenta otra?

—Sí, pero que sea la última, y que no tenga las mismas cosas malas que tienen las que me has contado antes.

—Vale, esta historia se llama «Las Naranjas de Paris».

Introducción

Capítulo uno

Hay estudios que afirman que para lograr superar una ruptura, una persona tarda aproximadamente tres meses por cada año de relación. No importa la intensidad, la cercanía o la razón de la separación, matemáticamente hablando, solo hacen falta noventa días para dejar atrás trescientos sesenta y cinco.

Por aquel entonces ya se habían cumplido los seis meses reglamentarios que Luis supuestamente necesitaba para superar el final de la relación de dos años con su exnovia.

Lo había intentado todo para dejar de pensar en ella. Salir de fiesta, viajar, encerrarse en casa, leer..., pero nada había funcionado lo suficiente. Solo el tiempo lo estaba ayudando. El tiempo que aquel estudio decía, era eso lo único que le ayudaba a seguir adelante y no venirse abajo.

Eran las ocho de la mañana de un martes siete de octubre cuando se despertó de aquel horrible sueño. Caminaba hasta el altar de la mano de su exnovia, feliz, extasiado, ilusionado por estar a punto de comenzar una nueva vida al lado del amor de su vida. Todo era perfecto hasta el momento en el que ella tenía que responder «sí, quiero»; era entonces cuando la joven se transformaba en una especie de serpiente gigante causando el pánico de todos los presentes. Él, de piedra pero aún enamorado, se quedaba viéndola fijamente a los ojos, en silencio, detallando cada centímetro de la mirada de aquel espantoso bicho.

«¿Por qué?» le preguntaba después de unos segundos. Y entonces, cuando estaba a punto de recibir una respuesta, se levantó.

Su cuerpo estaba tan sudado que cualquiera que lo viese en ese momento pensaría que se había acabado de dar una ducha. Su corazón latía como el trote de una manada de bisontes en un árido desierto. Y su cabeza, aún confundida, había empezado un largo proceso de maquinación con el fin de encontrar un significado a tan terrible pesadilla.

Pensó que darse un baño le ayudaría a despejarse, así que fue lo primero que hizo después de retorcerse en un crujiente e intenso estiramiento.

Trabajaba con su padre por las mañanas; aquel martes tenía que organizar un archivador con cientos de documentos. No era algo que realmente le gustase hacer, pero «por algo había que empezar». Así, mientras movía papeles y carpetas de un lado a otro, recordó que aquella tarde quedaría con Lindsay, una amiga americana que había conocido casi tres años atrás en una fiesta de estudiantes internacionales que se celebraba en una de las discotecas más importantes de la capital española.

El contacto entre ambos había sido prácticamente nulo desde entonces. Ella había vuelto a Estados Unidos y luego había pasado un tiempo viviendo en Mallorca. Él había estado totalmente centrado en la relación con su exnovia.

Estaba nervioso. Por alguna razón sentía que dicho encuentro marcaría un antes y un después para él. Acababa de leer *El Alquimista* de Paulo Coelho y tenía muy presente el tema del destino y de las oportunidades que no se pueden desaprovechar.

Pasó el resto de la mañana y parte de la tarde ordenando papeles. Se tomó un segundo para revisar la hora en su reloj y fue cuando se dio cuenta de que había estado demasiado concentrado en los archivos. Eran las cinco de la tarde y había quedado con su amiga a las seis y media; tomando en cuenta que vivía en las afueras de Madrid y que habían quedado en el centro, no le quedaba mucho tiempo para salir.

Se vistió tan rápido como pudo. Una camisa, una chaqueta ligera que lo abrigase de los quince grados de temperatura que marcaba el termómetro de su teléfono y unos vaqueros cómodos. Finalmente se perfumó con una colonia que encontró en el cuarto de su hermano, salió de casa y se subió al autobús rumbo a Moncloa, un distrito cercano a Ciudad Universitaria donde había quedado con Lindsay.

Durante el trayecto, pensaba en lo curioso que era quedar con una americana tan lejos de aquel país. Luis era venezolano, por lo que la peculiaridad de la cita era aún mayor. Siempre había sentido una predilección especial por todo lo que tuviera que ver con Estados Unidos, y llevaba años queriendo tener algún amigo americano, ahora tenía la oportunidad de hacerlo y, tratándose de una chica, todo era el doble de bueno.

Llegó al punto de encuentro primero que ella, así que se quedó esperando recostado de una pared cercana a la salida de la estación de metro de Moncloa. Hacía un día precioso. Ni rastro de nubes en el cielo ni molestas rachas de viento. Empezaba a atardecer y Luis se quedó viendo el cielo mientras la voz de Lenny Kravitz viajaba por los cables de los auriculares hasta sus oídos.

Lindsay llegó unos minutos después. Vestía una chaqueta ligera de color azul oscuro y unos vaqueros; su cabello lo llevaba recogido en un moño. No había cambiado mucho desde la última vez que Luis la había visto. Él la saludó con dos besos y mientras se ponían al día, empezaron a caminar hasta una cervecería que había no muy lejos de ahí.

Para Luis, en un principio, aquel encuentro era complicado, no por culpa de Lindsay, quien hacía todo mucho más sencillo, sino por su propia culpa.

Era la primera vez que quedaba a solas con una chica desde que lo había dejado con su ex. Sabiendo lo enamorado que era, tenía miedo de empezar a sentir algo por alguien nuevamente.

—Entonces ¿qué has venido a hacer a Madrid este año? — preguntó él.

—Ahora estoy trabajando como auxiliar de inglés en un colegio. Pero la verdadera razón es que quiero quedarme haciendo un máster aquí y para eso necesito mejorar mi español.

—¿No lo hablas perfectamente? — preguntó el joven confundido. Llevaban ya unos cuantos minutos hablando en español y Lindsay no había cometido error alguno.

—No, necesito tener un nivel C1 y a veces cometo errores. Además, hacer un máster requiere mucho más nivel que una conversación normal — contestó ella.

Luis pensó que sería un buen gesto ofrecerse para ayudarla a mejorar su español, así que le sugirió quedar tantas veces como le hiciese falta; no había mejor forma de aprender un idioma que practicarlo. Y, si además se podían tomar unas cervezas al mismo tiempo, todo sonaba mucho mejor.

La conversación siguió su curso. De vez en cuando había algún silencio, que, para sorpresa del joven, no

resultaba incómodo. Era como si no hubiera mejor forma de estar en silencio que con Lindsay en frente de él. Aquello le recordó a su época universitaria, por aquel entonces logró convencer a Elena, una chica que le gustaba mucho, de quedar una tarde para tomarse algo. Lo que en un principio era para él una oportunidad de empezar a salir con una chica espectacular, se terminó convirtiendo en un calvario. Había tantos momentos de silencio que el joven empezó a desear que todo acabase para irse a casa.

—¿Sabes que te pareces mucho a la protagonista de Bajo la misma estrella? — dijo Luis después de dar un largo trago a su botellín de cerveza.

Ella se quedó mirándolo en silencio. Definitivamente era la primera vez que le habían dicho eso. Sin embargo, la chica de la película era guapa, por lo que sonrió al suponer que la comparación era un piropo.

—Nunca me lo habían dicho — dijo sonrojada.

—Creo que va a ser hora de que me vaya, no se cuando sale el último autobus hasta Majadahonda — dijo Luis apenado. Era raro en él, pero después de un par de horas seguía teniendo ganas de hablar con ella.

Se despidieron poco después. Ambos parecían igual de interesados en verse nuevamente, así que decidieron hablar por Whatsapp unos días después para acordar el próximo encuentro.

Luis caminaba a la estación de autobuses cuando ocurrió aquello que lo cambiaría todo; la pulsera de oro que le había regalado su exnovia hacía casi tres años y que aún llevaba puesta en su muñeca izquierda, se soltó. El joven se detuvo y sus pulsaciones empezaron a subir deliberadamente. Era la primera vez que aquel brazalete se soltaba de su mano desde que se lo había puesto. Había jugado tenis, golf, nadado, levantado pesas..., y nada había sido suficiente para soltarlo. Y ahora, sin esfuerzo alguno de por medio, se había desprendido como si de ella dependiese hacerlo.

Una complaciente sonrisa atravesó la cara del joven. «No existen las casualidades» se dijo a si mismo antes de guardar la pulsera en su bolsillo. Luego entró en el autobús, se sentó y se quedó con la mirada perdida. «Benditos seis meses» pensó.

Capítulo dos

Aquel domingo treinta de noviembre Luis se levantó casi a la una de la tarde. Su cabeza latía levemente por haberse bebido unas cuantas cervezas el día anterior.

La última vez que había quedado con Lindsay había estado a punto de besarla. Ambos habían bebido durante horas y la conversación había ido mejorando al mismo ritmo que las botellas llegaban y se iban. Fue casi antes de tener que volver a casa cuando Luis aprovechó para regalarle una rosa; ella aceptó encantada, y entonces cuando él creyó que era el momento perfecto para besarla, le dio un ataque de nervios y fue incapaz de dar el paso. Ahora solo pensaba en lo tonto que había sido. Llevaba más de una semana sin hablar con ella y seguramente todo se debía a que ella se había aburrido de él. Tenía toda la razón de hacerlo. «A veces solo tenemos una oportunidad» se dijo a si mismo; El Alquimista siempre tenía razón.

Le había enviado un mensaje el viernes que no había sido contestado; luego el sábado la había felicitado por su cumpleaños y ella agradeció el gesto sin decir nada más. Estaba más que claro que todo había acabado.

Aquel iba a ser un domingo cualquiera, como todos; aburrido, gris, de películas tristes y televisión mala. Sin embargo, por alguna razón hasta el momento inexplicable para Luis, Lindsay apareció.

«Ayer dormí todo el día y estaba muy cansada por el viaje. Si te parece podríamos vernos hoy» decía el mensaje que recibió en su móvil a eso de las tres de la tarde.

No tenía sentido. Ella se había aburrido de él ¿no? Le había hecho pagar el no aprovechar la oportunidad de besarla. ¿Por qué aparecer otra vez? «Puede que todavía tenga una oportunidad» pensó Luis mientras releía el mensaje con incredulidad.

«¿Te parece bien vernos en Moncloa a las 6:45, como siempre?» respondió. Sus manos temblaban ligeramente.

Ella aceptó minutos después.

Una fuerte mezcla de nervios y alegría invadió el cuerpo del joven. Por un lado se sentía bien, tenía una nueva oportunidad para hacer lo que no había podido hacer unos días atrás. Sin embargo, eso mismo era lo que lo tenía tan nervioso, el hecho de que esa noche sería «todo o nada»; tenía que besarla sí o sí, no hacerlo significaría dejar escapar la última oportunidad de dar un paso más en la relación. Y Lindsay parecía alguien con quien valía la pena avanzar.

Ya casi eran las cinco de la tarde cuando Luis decidió vestirse y arreglarse para la cita. Se puso una camisa de tela de vaquero en conjunto con un pantalón del mismo estilo. Ya era invierno, así que se abrigó con una chaqueta de nailon color azul marino, y después de atar sus zapatos Timberland de cuero marrón, se peinó y se perfumó frente al espejo de su cuarto de baño.

—¿Listos? — se preguntó a si mismo.

—Listos — respondió su alter ego.

*

El camino en autobús fue totalmente reflexivo. Luis no paraba de intentar pensar y elaborar una técnica infalible para besar a Lindsay, pero todas tenían fallos. No había forma de planearlo, iba a tener que improvisar. Era la primera vez que lo haría, por lo que aquello lo ponía aún más nervioso. Jamás había tenido dudas de besar o no a una chica, siempre había ido seguro de si mismo; lo que le pasaba con Lindsay no tenía precedente.

Con la cara recostada de la ventana del autobús, pensó en lo mucho que había cambiado su vida en tan solo unos meses. Es increíble pensar que día a día nuestra vida no cambia en absoluto, pero cuando expandimos la línea de tiempo, nos damos cuenta de cuántas cosas son diferentes en el presente.

Aquella tarde Lindsay estaba más hermosa que nunca, Luis no sabía si era porque llevaba tiempo sin verla o porque subconscientemente le estaba cogiendo cariño.

Fueron a la misma cervecería de siempre. Cosmopolitan. Estuvieron un rato hablando de cosas sin importancia y al poco a poco la conversación fue tomando tintes más íntimos.

—¿En serio tu primer beso fue casi a los diecisiete? — preguntó Lindsay.

—Sí, y tardé casi un año para el segundo, ambos fueron con chicas que ni siquiera me gustaban — rio Luis.

Todo estaba siguiendo el camino correcto para acabar como Luis quería que acabase, así que pensó que sería mejor continuar la conversación en El Chapandaz, una especie de taberna que quedaba a unos pasos del Cosmopolitan y que, al ofrecer una luz más tenue, un ambiente más acogedor y un volumen de música mayor, aumentaba las posibilidades de beso en un doscientos por ciento.

Una vez sentados en el nuevo bar, reanudaron la conversación que habían empezado minutos antes.

—Te propongo algo — empezó diciendo Luis que empezaba a sentir ya los efectos de la bebida. —Cada uno formulará una pregunta íntima que deberá ser respondida por ambos. Así nos conocemos mejor, ¿te parece? — terminó diciendo.

Ella se limitó a asentir, luego, con una mueca, le dio a entender a Luis que era él quién debía comenzar.

—¿Con cuantos chicos te has acostado? — preguntó él. No tenía claro si en realidad quería saberlo, pero era necesario empezar con algo y aquella pregunta era lo único que le venía a la cabeza en ese momento.

Ella se quedó pensando por unos segundos, intentaba recordar la cifra sumando con los dedos de su mano derecha.

—Menos de diez — dijo luego. ¿Y tu?

—Una.

—¿En serio?

—Sí, hace unos tres años, con mi ex.

—¿Y después? Han pasado unos meses desde que lo has dejado con ella... ¿No has estado con más nadie?

—No. Algunos besos, puede que un poco más, pero no ha llegado a mayores — respondió él.

Lindsay asintió. Era curioso que un chico de veintidós años solo hubiese tenido una experiencia sexual.

Ahora le tocaba pregunta a ella.

Antes de decir nada, dio un sorbo al inmenso vaso de «Leche de Pantera» que habían pedido. Era el trago especial de la casa; hecho con ron, ginebra, azúcar, canela y esencia de menta.

—¿Hay algo que no te guste hacer cuando tienes sexo? — preguntó luego de separar los labios del vaso.

Él se quedó pensando por unos segundos. En realidad, dar una respuesta a aquella pregunta le estaba costando más de la cuenta.

—No, creo que me gusta hacer de todo — dijo luego. Parecía seguro de lo que estaba diciendo.

—¿Todo?

—Mientras sea con una mujer, creo que sí, todo.

Ella aceptó la respuesta con una sonrisa y siguió con el juego. Las preguntas empezaron a hacerse cada vez más íntimas, casi con la misma rapidez que se vaciaba el vaso de Leche de Pantera y empezaban a llegar los botellines de cerveza.

Luis estaba tan entretenido que por un momento se olvidó de su misión inicial. Fue entonces cuando miró su reloj y se dio cuenta de que solo quedaba media hora para actuar. Muy poco tiempo para algo tan importante. Debía hacerlo ya o desperdiciaría una oportunidad que seguramente no se volvería a repetir.

— Esta será la última pregunta — dijo de repente.

— Vale — respondió ella con una sonrisa.

Hubo un momento de silencio que suponía estar sirviendo para que el joven pensase la última pregunta. Sin embargo, no era aquello lo que estaba pasando por la cabeza de Luis, sino la forma de besarla. La forma perfecta de hacer algo que tan nervioso lo tenía. Se miraban y sonreían. De alguna forma, ambos parecían saber lo que estaba a punto de pasar. Él ya había asumido que iba a lanzarse, solo estaba reuniendo valor. Ella, por su lado, le miraba sonriente a los ojos; era el momento adecuado.

Entonces se rompió el silencio, se desvanecieron los nervios y se detuvo el tiempo y el espacio. Todo estalló en una explosión de adrenalina y hormonas, y ambos se fundieron en un largo e intenso beso. Luis, en su cabeza, sonreía. Lo había logrado.

Capítulo tres

Luis nunca había visto un partido de fútbol americano. Sin embargo, debido a su especial predilección por todo lo que tuviese que ver con

Estados Unidos, le interesaba mucho saber acerca de dicho deporte. Aquella noche se jugaba un partido especial para Lindsay: los cuartos de final de la competición que culminaba con el famoso Superbowl. En aquel partido se enfrentaban los Baltimore Ravens contra los New England Patriots, uno de los equipos más importantes y conocidos de la NFL, además de ser uno de los rivales históricos del equipo de Baltimore.

Ambos decidieron ir a verlo juntos en un bar inglés de la calle Alcalá. Se encontraron en un metro cercano y fueron caminando juntos hasta el lugar. Llevaban casi un mes sin verse ya que Lindsay había ido a pasar sus vacaciones de navidad en Estados Unidos. Para Luis, era curioso que la distancia, lejos de aislarlo de ella, le había acercado aún más. Durante ese tiempo habían hablado más seguido que de costumbre y ella parecía más alegre en cada una de las conversaciones.

—Siento molestarte con preguntas mientras ves el partido, lo tendré que hacer si quiero entenderlo — comentó Luis entre risas antes de dar un sorbo a su pinta de cerveza.

—No te preocupes — aseguró ella.

— Jamás pensé que hubiera tantos españoles que fuesen fanáticos de los Ravens — dijo él haciendo referencia a un grupo de chicos que estaban sentados en la mesa de al lado y que vestían camisetas del equipo de Baltimore.

—Ya, es muy raro. Por cierto, mi amiga quiere saber como decir esto en español para enviárselo a su novio — ella estiró su mano para dejarle ver a Luis la pantalla de su teléfono móvil: «I want to get freaky with you tonight»

—No quiere que suene muy sexual, solo algo un poco cómico — añadió luego.

El se quedó pensando por un momento. Había veces que era capaz de traducir a la perfección lo que sea que ella le pidiese, pero esta vez le estaba costando más de lo normal.

—No lo sé, todo lo que se me ocurre tiene tintes sexuales.

—Bueno, no te preocupes, era solo por si lo sabías — respondió ella volviendo a centrar su atención en el partido.

Poco más tarde, Luis parecía más entretenido que Lindsay con el partido. Había logrado comprender las reglas y las jugadas y estaba tan inmerso en el desarrollo del encuentro como cualquier otro fan auténtico de fútbol americano.

El partido acabó alrededor de las dos de la madrugada con resultado favorable a los New England

Patriots. Joe Flacco, el quarterback de los de Baltimore, había estado estelar durante todo el partido, sin embargo, justo en las últimas jugadas, realizó un mal pase que fue interceptado y acabó con las ilusiones de su equipo. A pesar de la derrota, tanto Lindsay como Luis estaban alegres, probablemente por la cantidad de cerveza que habían bebido para entonces.

—¿Ahora qué hacemos? — preguntó Lindsay al salir del bar.

—No sé, podemos caminar sin sentido hasta que encontremos otro bar que sea más barato que este.

—Me parece buena idea. Pero en vez de caminar sin sentido, podemos hacerlo hacia mi piso y así me ubico mejor.

Así lo hicieron. Durante el camino, ella entrelazó su brazo con el de Luis, algo que hacía por primera vez. Él se sintió mejor que nunca. Lindsay era una chica fría en cuanto a aquel tipo de gestos, y él se había acabado haciendo la idea de que tendría que pasar mucho tiempo con ella para que un tipo de acercamiento así llegase a suceder. Invadido por la alegría y el cariño del momento, deslizó su brazo hacia abajo y terminó cogiéndola de la mano.

La conversación durante el camino se hizo amena y divertida; tanto, que por un momento ambos se olvidaron de buscar un bar donde instalarse y simplemente se dejaron llevar por las aceras de Madrid.

Se detuvieron en un semáforo. Todavía por aquella hora había tráfico en las calles.

—¿Te puedo pedir una cosa? — preguntó Luis sin soltarla a ella de la mano.

—¿Qué?

—Es solo que llevo quedando contigo más de dos meses y nunca te he dado un abrazo.

—¿En serio?

—Sí, puede que sea una tontería y no te hayas dado cuenta, pero lo estuve pensando hace unos días y estoy seguro de ello — dijo Luis convencido.

Ella no respondió. Sonrió y espero a que fuese él quien se inclinase a abrazarla. Para Luis fue un momento mágico. Cualquier tipo de contacto con Lindsay, por pequeño que fuera, lo hacía feliz.

Pasaron unos diez minutos más buscando algún bar donde instalarse; no tuvieron éxito, así que ella sugirió subir hasta su apartamento y seguir bebiendo allí. Era lo que Luis tenía en mente hacer desde que había salido del bar, pero no era educado autoinvitarse al apartamento de Lindsay, por lo que dejó que finalmente fuese ella quien lo propusiese.

El lugar quedaba en un típico edificio madrileño. De esos con patio interior para colgar la ropa y ascensores antiguos en donde da miedo subirse. Subieron por las escaleras de mármol blanco hasta la tercera planta.

—No hagas mucho ruido para no molestar a Vicente y a Mar — dijo Lindsay. La relación con sus compañeros de piso no era muy buena, así que intentaba por todos los medios evitar cualquier problema.

Fueron directo a su habitación. No era difícil decir que era el cuarto de un estudiante: desordenado, repleto de libros y con post-it pegados de las paredes.

Luis se quedó viendo por un rato los retratos de ella y sus amigas que reposaban de una pequeña repisa de madera. Al lado de las fotos había unas botellas muy pequeñas de Fireball, una especie de Whisky acanelado muy famoso en Estados Unidos. Ella le había comentado al joven que esa era su bebida alcohólica favorita, y él, que no la había probado aún, llevaba más de un mes esperando este momento.

—Bueno, está caliente, pero aun así estará bien — dijo Lindsay antes de abrir la botellita y entregársela al joven en la mano.

El no respondió; se limitó a dar un buen trago y a saborear durante unos segundos. Estaba mejor de lo que había imaginado, incluso, impulsado por su costumbre nata de crear cosas, empezó a pensar una forma de mezclar aquella bebida con algo más suave a fin de que tuviese un sabor «más comercial».

—¿Hay algún cóctel famoso que lleve esta bebida? — preguntó. Era inútil pensar tanto para acabar ideando algo que ya estaba inventado.

—No lo sé, yo siempre lo he bebido así, pero seguro que debe haber algo.

—¿Jugamos con estas botellas?

—Me parece buena idea — respondió ella. Y luego acordaron jugar «yo nunca» durante un rato.

—Yo nunca he visto The Matrix — comenzó diciendo él.

—¿En serio? ¿Estás mintiendo solo para hacerme beber?

—No, te lo juro, nunca he visto esa película, tampoco The Godfather o Star Wars.

—¿Qué películas has visto entonces?

—Titanic — respondió Luis entre risas.

Luego se inclinó levemente para besarla. Ella cerró la botella de Fireball y la dejó de un lado.

—I want to get freaky with you tonight — dijo él aprovechando un momento de silencio entre besos. Había acabado memorizando la frase para utilizarla en su ayuda en un momento como ese. Ella rió.

—Es mejor que cerremos la puerta entonces — dijo mientras se levantaba para pasar el cerrojo.

Segundos después, ambos estaban allí, besándose a orillas de la cama, preparados para algo que los llevaría un paso más adelante en su relación, algo que Luis jamás pensó que llegaría. Aquella noche cambiaría para siempre sus sentimientos hacia Lindsay.

Capítulo cuatro

Mucha gente critica el día de San Valentín. Unos dicen que las muestras de cariño, los detalles y las sorpresas deberían ser algo cotidiano y no cosa de un solo día al año, pero lo repetitivo siempre acaba haciéndose aburrido. Un ramo de rosas una o dos veces al año es un gesto memorable, pero uno cada día acabaría viendo su belleza reducida a la de una barra de pan.

Hay otra gente que se queja de que San Valentín es «otra arma de las grandes multinacionales para controlar a las masas y vendernos cosas que no necesitamos», para esos Luis no tenía opinión alguna, era una pérdida de tiempo.

Hacía unas semanas había hablado con Lindsay acerca de cómo sería para ella una cita ideal.

Luego le prometió hacerla realidad y para ello escogió al azar un sábado de febrero, con la casualidad de que aquel día terminó coincidiendo con la mayor de las festividades amorosas.

Reservó una habitación de hotel para pasar la noche con Lindsay. Las fotos del edificio que habían en la página de reservas lo hacían parecer más antiguo y alejado de lo que era realmente.

Además, estaba muy bien situado a pesar de estar más allá del número cuatrocientos de la calle Alcalá. Había mucha vida en los alrededores; restaurantes, tiendas, cadenas de comida rápida y hasta un parque de aspecto tenebroso en el que Luis no tardó en imaginar la posibilidad de grabar una película de terror.

Tan solo llegar a la habitación, el joven empezó a sacar un montón de material de papelería que utilizaría junto a Lindsay para crear un juego de preguntas que les permitiese a ambos conocerse mejor.

—¿Qué es eso? — preguntó ella tan pronto le vio sacar de la mochila una bolsa morada con aspecto de regalo.

—Es para tí, aunque primero quiero que leas esto — respondió Luis mientras le acercaba una pequeña carta de papel.

«Sé que esto no te hará sentir en casa, pero al menos te ayudará a recordarla»

Ella sonrió y agradeció en silencio el gesto de la carta; ahora tocaba descubrir qué era lo que había dentro de la bolsa, eso parecía mucho más importante.

Abrió el paquete con cuidado suficiente como para no romperlo.

Su cara de alegría al ver lo que había dentro dejó ver a Luis lo mucho que le había gustado su regalo.

—Es como Pedy — dijo ella mientras examinaba centímetro a centímetro su nuevo gato de peluche.

—Aquí no puedes tener uno de verdad, así que espero que este sea suficiente — comentó él mientras era

agradecido con un beso.

Pasaron casi cuatro horas creando el dichoso juego de mesa. No solo había que dibujar y recortar cosas, sino diseñar el tablero, añadir jugadas, comodines y hasta decidir qué era lo que había que hacer para ganar.

Luis se encargó del trabajo de hormiga; recortar, doblar, medir... Mientras ella, valiéndose de su gusto y su habilidad para dibujar, se encargaba de todo el diseño del juego.

Cuando terminaron de trabajar, decidieron que era buen momento para ir a cenar, así que abandonaron el hotel y caminaron unos cien metros hasta el VIPS que había justo en frente.

—¿Qué es chipotle?

—Creo que es como una salsa barbacoa picante ¿Por qué?

—Es que me suena a algo mexicano pero no tengo idea de lo que es, y el sándwich que quiero pedir tiene chipotle — dijo él.

—Puedes preguntarle al camarero antes de pedirlo para asegurarte, pero creo estar en lo correcto — sugirió ella.

La cena se hizo amena y rápida. Luis pensó que haber ido a cenar a un restaurante romántico acabaría haciéndolo todo muy empalagoso, y debía tener en cuenta que aunque todo hubiese coincidido con San Valentín, lo que verdaderamente celebraban era «la cita perfecta».

Una vez ambos habían terminado y la cuenta estaba pagada, decidieron que era el momento de seguir llevando a cabo cada una de las actividades necesarias para la cita ideal de Lindsay. Ahora tocaba buscar un bar donde poder jugar pool. Luis había estado buscando en internet nombres de bares donde pudiesen jugar, y había encontrado dos.

El primero de los nombres era «O'Connors»; un bar irlandés donde supuestamente habían varias mesas además de buen ambiente. Fueron hasta allí para acabar comprobando que el lugar había cambiado de dueño y que ahora era una especie de restaurante.

Aún les quedaba una segunda oportunidad. El bar se llamaba «Smoke» y según la página web que Luis había consultado, también tenía mesas de pool. Tomaron el metro hasta ahí. Quedaba muy cerca del primer lugar al que habían ido, así que les tomó un par de paradas y cinco minutos andando.

—Ahí está — dijo Luis señalando la puerta del lugar desde la acera de enfrente.

Cruzaron la calle y entraron al bar.

Unos pasos después, el joven se sintió totalmente fuera de onda. Era el único hombre del lugar. Todos los demás clientes eran mujeres cuarentonas de pelo corto y masculino que no duraron en verle con cara de asco desde el segundo que apareció tras la puerta.

—Es un bar de lesbianas ¿no?

—Sí, sus miradas no tienen otra explicación — respondió Lindsay entre risas. ¿Quieres que nos vayamos? — preguntó luego.

— No, no tengo más nombres de bares con mesa de pool, esta es la última oportunidad. Caminemos hasta el fonto donde parece que hay una mesa y nos quedamos jugando un rato — dijo él.

Cuando llegaron, vieron que había una pareja de chicas jóvenes ocupando la mesa. Luis dudó en acercarse, así que dejó que fuese Lindsay quien les preguntase cuánto debían esperar para poder jugar.

—Hay unas chicas detrás de nosotros — respondió una de ellas mientras golpeaba la bola blanca con fuerza.

Aquello fue suficiente para decidir dar media vuelta y volver al hotel. Después de todo tampoco era tan mala idea, aún tenían noche por delante y un juego de mesa personalizado esperando a ser jugado.

Llegaron al hotel a las doce de la noche aproximadamente. Luis abrió una botella de orujo de miel que había llevado para la ocasión y sacó vasos de chupitos de su mochila. El juego tenía momentos en los que había que beber, así que aquello era necesario. Por otro lado sacó un par de cervezas del frigorífico para beber algo mientras el juego no les indicase beber.

Una vez estaban acomodados y preparados, empezaron a jugar. Lindsay lanzaría primero.

«4»

—Pregunta filosófica: Creas o no en Dios ¿Te gustaría que existiese?

—No — respondió ella sin dudarlo.

—¿Por qué? Un mundo sin Dios sería mucho peor ¿No crees? — preguntó él.

—No tiene porqué. Es una pregunta complicada, incluso alguien que crea en Dios pudiera desear que este no existiese.

Luis se quedó pensando. Ella tenía razón. A lo mejor esa era la explicación a que últimamente se estuviesen agotando los creyentes, era más fácil no creer en nada y no tener que rendir cuentas a nadie. ¿No?

—¿Qué piensas? — preguntó ella al ver a Luis en silencio.

—Nada, es solo que es una pregunta complicada, como tú has dicho.

— Tu turno.

«3»

—Has caído en un reto, coge una carta.

Luis estiró su mano derecha para coger una carta correspondiente al mazo de «retos». Lo hizo al mismo tiempo que rogaba que no le tocara «cantar o bailar». Tan solo leyó lo que decía, se echó a reír. «Contar

algo raro a un amigo de whatsapp». Al menos esta sería divertida.

—Tú eliges a tu amigo y luego yo te digo lo que le tienes que contar, ¿vale? — comentó Lindsay.

—Me parece bien — respondió Luis mientras buscaba en su agenda de contactos alguien a quien no fuese tan difícil contarle algo embarazoso.

Una vez seleccionó uno, ella le planteó la situación: «le tienes que decir que has hecho un trío con una chica y otro chico y que te ha gustado que el chico te tocara»

—No me jodas.

—Ya lo habíamos hablado, hay que seguir las reglas — dijo ella riendo.

El reto se terminó haciendo más divertido de lo esperado. Era la primera vez que ambos reían sin parar estando juntos, y no era para menos. Luego siguieron jugando y bebiendo hasta que Lindsay ganó el juego.

Fue entonces cuando Luis le avisó que aún quedaba una sorpresa. Ella se quedó viéndole mientras él buscaba algo entre su pequeño maletín de cuero.

—Aquí está — comentó mientras le entregaba otra carta de papel, esta vez más grande.

Al lado del texto, subordinado al título «gracias por pensártelo dos veces», había pegada una factura de Starbucks. Aquella noche ella había estado a punto de terminar la relación para evitar sufrir el día que volviese a EEUU. Por alguna razón, no lo había hecho, y aquello los había terminado llevando hasta donde estaban ahora.

—Gracias — dijo ella. Esta vez mucho más emocionada que con el primer regalo y con la mirada cristalina.

Él se quedó mirándola a los ojos en silencio.

—¿Qué? — preguntó ella. Parecía saber lo que Luis estaba a punto de decir.

—Creo que estoy empezando a quererte — dijo él.

Capítulo cinco

Las gotas de agua caliente que salían de la ducha golpeaban con fuerza la espalda de Luis. Aquella tarde con Lindsay sería diferente; ya no habría risas ni planes a futuro, no habría ilusión ni esperanza, solo una fría y predecible discusión.

Recordaba aquella vez que mientras caminaban por las calles de Moncloa, hablaban sobre lo difícil que sería separarse cuando llegase el momento. Ambos habían decidido comenzar una relación con fecha de caducidad, y ahora parecía no haber otra opción que decir adiós.

Una vez duchado y arreglado, salió de su casa en silencio, no quería hablar con nadie en aquel momento. Tan solo cruzar la puerta, se colocó los auriculares y dejó que el móvil seleccionase las canciones aleatoriamente. Sintió una ráfaga recorriendo su espina dorsal y el vello de sus brazos se erizó. Sabía de qué trataba la canción que empezaba a sonar y le resultaba más que curioso que lo hiciese en aquel preciso momento; más cuando tenía más de quinientas canciones en su biblioteca. Puso especial atención a aquella frase que hacía unos años le gustaba tanto y que ahora solo le traía tristeza:

I remember the look in your eyes

When I told you that this was goodbye

You were begging me not tonight

Not here, not now

We're looking up at the same night sky

And keep pretending the sun will not rise

Be together for one more night

Somewhere, somehow

No podía evitar pensar en Lindsay cuando escuchaba esa parte de la canción. ¿Por qué iba a tener que dejarla ir sin luchar un poco más? ¿Iba a dejar que aquellos dos años que había pasado junto a ella fuesen simplemente un recuerdo de su pasado?

Luego sonrió. Escuchar aquella canción le recordó a los primeros meses de relación, cuando a ella le costaba admitir que odiaba ese tipo de música, la favorita de Luis.

—¿Vas a Moncloa?

—Sí, a Moncloa — respondió al conductor. Le parecía increíble que el mismo hombre le preguntase cada domingo a donde iba, no es tan difícil recordar a alguien que se sube a tu autobús todas las semanas.

Tan solo se sentó, recostó su cara de la ventana y dejó viajar su imaginación. Estaba acostumbrado a ello; el tiempo que pasaba en transporte público era para escribir o para pensar en cualquier cosa, desde la teoría de la relatividad hasta cuánto dinero iba a ganar esa semana trabajando como profesor particular de inglés.

Esta vez pensaba en algo diferente: su relación con Lindsay y lo cerca que parecía estar de su final.

No tardó en llegar al punto de encuentro, el bar Cosmopolitan, donde se reunían cada domingo desde hacía dos años.

Ella ya estaba esperando dentro. No tenía buena cara. «Algo predecible» pensó Luis. Pidió un cubo de botellines de cerveza antes de dirigirse a la mesa donde ella lo esperaba. Caminó despacio, intentando pensar una forma simple y simpática de comenzar la conversación.

—Hola — la saludó, luego le dio un beso y se sentó en frente.

—Hola — se limitó a responder ella. Iba a tener que ser él quién diese pie a tan áspero tema.

—Bueno, ¿entonces qué?, ¿ya has comprado los billetes?

—Sí, esta mañana, salgo el dos de julio.

—¿Qué? ¿Por qué tan pronto? — preguntó Luis exaltado. Llevaba tiempo intentando asumir la despedida, pero había pensado que al menos pasarían juntos el verano.

Ella hizo un gesto de disgusto, como si estuviese harta de hablar del tema.

—Ya te lo he dicho, quiero llegar y organizar mi vida, usaré el tiempo del verano para ello.

—Puedes hacer eso en un mes, no necesitas tanto tiempo.

—Luis, ya hemos hablado de esto, es igual de difícil para mí que para ti; aplazarlo un mes no va a ayudarnos en absoluto.

Tenía razón. De hecho aplazarlo acabaría dificultándolo todo aún más. Él lo sabía. Habían pensado en todas y cada una de las posibles soluciones, y al final acababan llegando a la misma conclusión, debían tomar caminos separados. Ella no estaba dispuesta a quedarse en España, y a él le era complicado irse a Estados Unidos sin un trabajo y tan lejos de su familia.

—Tienes razón. Bueno, entonces nos quedan unos veinte días ¿No?

—De eso también quería hablar.

La única razón por la que ella podría haber dicho eso era que tenía pensado no verle más.

—Dime que no estás pensando en dejar de vernos desde hoy.

—Es lo más fácil, Luis.

—¿Lo más fácil? ¿En serio eres capaz de hacer eso? ¿Y hoy qué? ¿Adiós y ya está? Después de dos años..., ¿adiós? — reprochó levantando la voz. Estaba empezando a perder los nervios. Además, le dolía ver la frialdad con la que ella estaba manejando la situación.

Ella no respondió. Sabía que era una situación complicada y que contestar podría acabar desencadenando una discusión mucho peor.

— ¿Sabes algo? Me da igual lo que tu quieras hacer, voy a verte durante estos veinte días, y no solo eso, voy a hacer lo imposible por no tener que decirte adiós, jamás. Eso es lo que esperaba que hicieras tú, pero ya veo que no tienes ni la más mínima intención — dijo él mientras se levantaba de la silla. — Hablamos mañana — añadió luego. Después, se dio media vuelta y abandonó el lugar.

Propuesta de viaje

Capítulo seis

Lindsay escuchó sonar el timbre de su puerta a las nueve de la mañana. Era extraño. Vicente y Mar, sus compañeros de piso, habían llegado a casa hacía unas horas, y sus caseros serían incapaces de llamar al timbre tan temprano.

Se quedó en silencio en su cama, esperando que alguien fuese a abrir la puerta primero que ella, pero sus compañeros parecían estar esperando lo mismo de ella.

—Agh ¿Quién llama a estas horas? — susurró para si misma mientras se estiraba antes de levantarse. — ¡Ya voy! — gritó luego de que sonase el timbre por segunda vez.

Se empeño en hacer suficiente ruido con sus pasos para que sus compañeros se enterasen de que era ella quién se había levantado a abrir la puerta.

—¿Quién es?

—Correos — respondió una voz grave desde el otro lado.

—Hola — saludó Lindsay después de abrir la puerta.

—¿Es usted Linsai Coper? — el hombre hizo un par de pausas dejando notar el gran esfuerzo que hacía para pronunciar bien el nombre.

—Si, soy yo.

—Esto es para usted. Firme aquí, por favor.

Ella firmó con cierta duda. ¿Quién podría haberle mandado un paquete así? No creía que fuesen sus padres; quedaba muy poco tiempo para su regreso y sería una tontería que le mandasen algo ahora.

El cartero se despidió y ella se quedó en silencio examinando el paquete mientras cerraba la puerta. Era demasiado ligero para el tamaño que tenía, lo cual aumentaba aún más su curiosidad.

Entró en su habitación y se sentó en la cama para abrirlo. Lo hizo sin mucho cuidado; si fuese un regalo, estaría bien intentar no romper el envoltorio, pero tratándose de una caja de correos, lo importante era no romper lo que fuese que hubiese dentro.

Se sorprendió al ver que el contenido de la caja era un sobre. ¿Por qué alguien iba a molestarse en meter algo tan simple en una caja tan grande? ¿Con qué intención? Rompió el primer sobre, esta vez con cuidado. Sacó las hojas de este y empezó a leer.

Querida Lindsay,

Hace un par de días te comenté que haría todo lo posible por no tener que decirte adiós. He estado pensando, y no quiero convertirme en un dolor de cabeza para ti, así que este será mi último intento.

Sabes que me gusta mucho pensar que el destino suele enviarnos señales para guiarnos por el mejor camino. Es por eso que he decidido diseñar un viaje cuyo propósito no es sino determinar si el destino me quiere junto a tí.

El viaje será a París. Cada uno irá por su lado (en el otro sobre tienes los datos de la agencia de viajes a la que tienes que llamar para confirmar el horario de tu vuelo. Lo he dejado pagado). La idea es acabar encontrándonos siguiendo una serie de pautas que te enumeraré más adelante. Si no lo logramos, será señal suficiente para dejarte ir y aceptar los designios del destino. Si lo hacemos, te tendré una sorpresa preparada.

Las pautas del viaje son las siguientes:

- 1) No se permite el uso de ningún dispositivo electrónico—tecnológico (móvil y ordenador). Solo podremos llevar el móvil, siempre apagado, y usarlo ÚNICAMENTE en caso de emergencia.
- 2) No se permite llevar reloj. Cualquier actividad que hagamos durante el viaje será totalmente a ciegas respecto al tiempo y la hora.
- 3) Solo se podrá contar el motivo del viaje a dos personas, para que estas nos ayuden a buscar o para lo que sea que queramos contarlo.
- 4) Solo podremos llevar con nosotros una foto impresa del otro, que podremos utilizar para enseñársela a la gente y facilitar la búsqueda. Esta foto no se podrá fotocopiar.
- 5) Está prohibido decir nuestros nombres; ni yo podré decir el tuyo, ni tu el mío, a nadie (excepto caso de emergencia).
- 6) No podremos pasar más de una hora en cada lugar (a excepción del hotel y el aeropuerto en casos de llegada y salida de París)

Tenemos diez días para encontrarnos siguiendo estas pautas. Parece imposible, pero estoy seguro de que lo lograremos si eso es lo que tiene que pasar. He dejado pagadas las diez noches de hotel, solo tienes que escoger el que más te guste.

Yo no sabré si has decidido quedarte en Madrid o si has aceptado el viaje. Me limitaré a viajar y a buscarte por París, si decides no aceptar esta propuesta, nunca lo sabré; siempre pensaré que ambos pasamos diez días dando vueltas por la ciudad más romántica del mundo y que la vida no nos quiso dar otra oportunidad. Creo que prefiero quedarme con esa idea si esto sale mal.

Esta puede ser la última vez que sepas de mi mientras estás en Europa, así que independientemente de lo que decidas, quiero que sepas que te quiero mucho, y que te agradezco por estos casi tres años juntos.

Hasta pronto, Luis.

Ella se quedó en silencio, viendo el papel por unos segundos más para asegurarse de que no se le escapaba nada. Luego lo dobló y lo volvió a guardar en el sobre. Tenía que pensar mejor antes de tomar una decisión tan importante.

Las naranjas de París

Capítulo siete

Miro por la ventana de la habitación mientras pienso en lo que está por venir. Sé que es arriesgado; que muchos dirán que soy estúpidamente romántico por creer que esta es la mejor forma de solucionar la situación con Lindsay, pero no puedo luchar contra mi forma de ser y de hacer la cosas.

Jamás me ha gustado hacerlo todo como los demás. Ningún grande de la historia ha triunfado por hacer lo mismo que hacían todos; de ser así, Alejandro Magno hubiese terminado siendo un soldado raso, Cristobal Colón un pescador de truchas y Albert Einstein un profesor de física en una escuela secundaria.

Llegaron lejos por soñar y creer en lo que hacían. Yo aún no he llegado a ningún lado, pero pienso que ser un soñador me acerca aunque sea un poco más a ellos.

¿Que debería hacer entonces? ¿Dejar que ella fuese a Estados Unidos, ver por Facebook las fotos de su boda con algún abogado americano y arrepentirme de no haberme arriesgado?

Si hay algo de lo que me arrepiento constantemente es de no ser tan constante como mis arrepentimientos. Y Lindsay es la única constante en mi vida ahora mismo, es lo único de lo que estoy completamente convencido, lo único que quiero seguir teniendo para mí. Y de lo único de lo que no me pienso arrepentir jamás.

El avión sale a París en tres horas. Ni siquiera estoy seguro de si ella habrá aceptado la propuesta de viaje, pero sinceramente eso es lo interesante de esta aventura, la de hacerlo todo completamente a ciegas.

Termino mi cerveza y cojo las llaves del coche para ir hasta el aeropuerto. Son las diez de la mañana; si mi madre estuviese aquí se tiraría de los pelos por verme beber desde tan temprano, pero, como he dicho, me gusta hacerlo todo diferente; el café es demasiado común.

No tardo demasiado en llegar al aeropuerto. Hago el check-in en media hora y después de pasar por todos los controles necesarios, busco algún lugar donde tomarme la segunda cerveza del día. No quiero esperar a llegar al avión para hacerlo, eso haría que me acabase gastando cinco euros en un botellín que aquí me va a costar menos de la mitad.

Después de quince minutos de búsqueda, decido gastarme los cinco euros en el avión, me he cansado de caminar y no quiero alejarme mucho de la puerta de embarque.

Me siento a esperar. Falta aproximadamente una hora para el despegue. Un chico que se sienta a mi lado saca un portátil Apple de su mochila y me hace pensar en Lindsay. Es cosa de hace años que relacione cualquier producto de esa marca con ella.

Escucho al chico hablar solo, quejándose de lo lento que va el Wifi del aeropuerto. Su acento se me hace conocido. «Es venezolano», pienso. Y cuando me giro a ver su cara, veo que es un viejo amigo del colegio.

—¿Gilbert?

Él se gira, me mira, se queda un par de minutos en silencio, como pensando en lo infinitamente pequeño que puede llegar a ser el mundo. Luego sonrío y saluda.

—No me lo puedo creer. ¡Cuanto tiempo! ¿Quién diría que después de tantos años nos íbamos a encontrar aquí en el aeropuerto. ¡Sin haberlo planeado!

—Lo sé, que buena casualidad. ¿Viajas a París también?

—Claro, estoy viviendo allí. ¿Tú? ¿Qué vas a hacer por allí tan solo? — me pregunta.

Por un segundo pienso en decirle la razón del viaje y gastar una de mis personas permitidas por las pautas, pero luego lo reconsidero y pienso que es demasiado pronto. Aún así, seguro que me acabará siendo de mucha ayuda estos días.

— Voy a visitar a una amiga — miento.

— Ah, a una amiga... — comenta él medio sonriente. Es normal que piense lo que está pensando. ¿Quién iría a la ciudad del amor de viaje para visitar a una «amiga y nada más»?

Seguimos hablando hasta que nos llaman para abordar el avión. Una vez dentro, decido que en vez de una cerveza, serán unas cuantas. No siempre te encuentras un gran amigo de la infancia en un aeropuerto a más de siete mil kilómetros del país donde lo conociste.

Una señora muy amable le cambia el asiento a Gilbert para que estemos juntos. No debería comenzar mi primer día en París borracho, pero nunca me he considerado especialmente responsable, así que decido beber y ya veré qué hacer cuando llegue a París.

El vuelo se hace más ameno de lo que esperaba. Nunca pensé que mi amigo bebiese tanto. Poca gente aguanta tanto como yo, pero el me ha superado en años luz.

Cuando caigo en razón, el piloto está pidiendo a los pasajeros que abrochen sus cinturones porque el aterrizaje es inminente. Recuerdo que de pequeño esta era la parte que más temía de subirme a un avión. ¿Y si no salía el tren de aterrizaje? ¿Y si el piloto se ponía nervioso y perdía el pulso cuando el avión estaba a punto de tocar tierra?

«Casi todo lo hace una máquina, no tienes que preocuparte del pulso del piloto» me decía mi padre. Aquello no me tranquilizaba mucho.

—¿Estarás libre alguno de estos días? — me pregunta Gilbert mientras caminamos hacia la cola de inmigración del aeropuerto de Charles de Gaulle.

—Claro que sí, dame tu número y te llamo una de estas tardes para vernos — le digo.

Él saca una tarjeta de presentación del bolsillo de su chaqueta y me la da. Luego, nos damos un abrazo y nos despedimos.

Ahora estoy solo ante París. Medito la posibilidad de ir al hotel en metro, pero termino pensando que

será mejor hacerlo en taxi y ahorrarme el riesgo de acabar perdido en la inmensidad de una ciudad de la cual no hablo el idioma. No tardo mucho en llegar.

—Welcome to The Grand Village París, Mr.Urgell, enjoy your stay — dice la recepcionista después de haberme dado las llaves de la habitación. Su nariz es tan afilada que me pregunto si no tendrá problemas al besar a su pareja.

—Thanks — me limito a responder. Después doy media vuelta y camino en dirección al ascensor; al ver que hay un grupo de personas esperando, cambio de rumbo hacia las escaleras «son solo dos pisos» me digo mientras subo a paso rápido hasta la segunda planta. Los pasillos son amplios y acogedores; la moqueta vinotinto que cubre el suelo me hace recordar el hotel de Nueva York donde me hospedé hace diez años durante unas vacaciones con mis padres.

201, 203, 205, 207,209..., aquí está, la 211. Saco la llave electrónica del bolsillo delantero de mi pantalón y en cuestión de segundos estoy dentro de la habitación.

El suelo del cuarto está cubierto de moqueta color beige, las ventanas, parecidas a las de un antiguo palacio real inglés, enmarcan en blanco un día espectacular.

Echo un rápido vistazo al lugar. Cama y sábanas aparentemente cómodas, minibar, escritorio de caoba con un libro turístico de París, baño con jacuzzi..., no creo que me haga falta nada más.

Enciendo la televisión para asegurarme de que hay suficientes canales en español o inglés. Unos diez, nada mal. Dejo puesta la BBC mientras saco la ropa de la maleta para ordenarla en los armarios de la habitación.

«A bomb alert has unchained chaos in Madrid Barajas Airport. Lots of flights have been cancelled for this reason...» escucho decir a la mujer del informativo.

«No me jodas», dejo de lado la ropa para centrarme por completo en la noticia.

Alguien ha llamado a la Guardia Civil desde un teléfono público y les ha dicho que había un regalo para ellos en el aeropuerto de Barajas. «Daos prisa o hará volar en pedazos a mucha gente» asegura haber escuchado el agente que recibió la llamada antes de que esta se cortase por completo.

Sinceramente, por muy cruel que suene, ahora mismo no me importa la bomba, ni la gente en peligro, ni quien ha hecho la llamada. Lo único que me importa es saber si Lindsay se ha quedado atrapada en Madrid o si ha logrado salir de allí antes del aviso de atentado (en caso de que haya decidido aceptar mi propuesta de viaje). Por un momento pienso en llamarla por teléfono y preguntárselo, pero luego desisto; no es una emergencia real. Si el destino ha querido que ella no venga hoy, es porque así debe ser. Es la razón del viaje.

Decido acostarme y dormir un rato. Estoy cansado, preocupado y estresado, no lograré avanzar nada estando así. Es preferible descansar y salir del hotel un poco más tarde. Además, no creo que hoy haga mucho esfuerzo por buscar a Lindsay, me limitaré a dar una vuelta de reconocimiento por la ciudad y a idear una estrategia de búsqueda.

*

Son las ocho de la noche ya. He dormido tres horas, me he duchado, vestido y he salido a pasear por las calles de París.

La última vez que estuve ahí tenía quince años, hecho que hizo que no pudiese apreciar verdaderamente cada una de las maravillas arquitectónicas y artísticas que encierra esta ciudad. Por aquel entonces solo andaba interesado en entrar al Museo del Louvre y encontrar el código Da Vinci.

Me detengo frente a la gótica Catedral de Notre Dame, ante sus torres tan majestuosas y su aguja, tan afilada y alta que parece que fuese a perforar el cielo; como si estuviese preparada para empezar a coser en un inmenso e infinito manto de tela azul celeste. Veo sus gárgolas; tan monstruosas pero interesantes y bellas a la vez. Intento imaginar qué tenían los artistas góticos en la cabeza cuando colgaban ese tipo de criaturas en un templo religioso. Creo que serían más propias de estar sujetas a las puertas del mismísimo infierno.

En el suelo, frente a la puerta de la catedral, descansa una mujer; sus ropas están tan sucias que si las escurriese no pararía de gotear mugre. Su pelo, grasiento y denso, lo lleva envuelto en una especie de moño alto improvisado. Se queda viéndome a los ojos. Pienso en hacer mi buena acción del día, así que saco diez euros de mi billetera y los coloco encima del plato de plástico que hay delante de ella.

«Merci» es todo lo que alcanzo a entender entre el montón de cosas que dice en francés. Yo me limito a sonreírle de vuelta.

Ella hace lo mismo, y, por un momento, después de ver sus torcidos y amarillentos dientes, pienso que puede que sea una versión humana de las gárgolas que cuelgan de la catedral.

—¿Luis? — escucho a mis espaldas. Es una voz de mujer.

Entro en shock. Ni siquiera estoy seguro de si quiero girarme. Mis manos empiezan a temblar y un intenso frío polar invade mi pecho. No he escuchado lo suficientemente bien como para asegurar que se trata de Lindsay; pero tampoco como para descartar esa posibilidad.

1..., 2..., 3...

Me giro.

—¡Hola! ¡Aurora! ¿Qué tal? Que raro encontrarnos por aquí — saludo. Intento sonar y parecer lo más emocionado posible para esconder la inmensa decepción que me he llevado.

—¡Sí! Estoy bien ¿Y tú? ¿Qué haces tan solo en esta ciudad?

Me toca mentir otra vez. Han sido ya demasiadas veces en muy poco tiempo. —He venido a visitar a una amiga.

—Hmm ¿Una amiga? — me pregunta sonriente. La misma reacción que mi amigo Gilbert. Entiendo lo difícil que es creer que he venido hasta aquí para «visitar» a una «amiga», pero tendrán que creerlo a menos de que algo me haga cambiar de opinión y decida contarles la verdad.

—Sí, en serio, solo una amiga — respondo entre risas. — ¿Tu qué haces por aquí? — le pregunto luego.

—Vivo aquí. Hace un par de años me casé con un parisino, y aquí estoy.

Su respuesta me tranquiliza. Prefiero que esté casada, así no sugeriré ir a cenar o a tomar algo haciéndome perder el tiempo. Además, no me gustaría que algún conocido me viese con ella a solas en París. Es una chica muy atractiva y podría llevar a cualquiera —que no supiese el motivo de mi viaje— a pensar que estoy engañando a Lindsay.

—Me alegra mucho, Aurora. Oye, estaba ya volviendo a casa de mi amiga...

—¡Ah, si! No te preocupes, toma una tarjeta mía y llámame un día de estos para tomarnos algo, así nos ponemos al día — dice antes de sacar la tarjeta de presentación del bolsillo de su chaqueta para entregármela.

— Vale, lo haré — respondo. Luego, le doy dos besos y me despido de ella.

No creo que la llame, no he venido aquí a perder el tiempo; ya suficiente con el que he estado perdiendo hoy. Sin embargo, tener su número no está de más..., no sé cuando necesitaré ayuda de alguien en esta ciudad, y sumando a Gilbert, ya son dos personas con las que creo que puedo contar en caso de un problema.

Mi estómago me recuerda que aún no he cenado. No conozco la ciudad, así que caminaré por los alrededores de la catedral hasta que encuentre algún restaurante con buena pinta y precios ajustados. Alguno como a los que iba con Lindsay durante nuestros primeros meses de relación.

No tardo mucho en encontrar uno. «La Casa de la Nonna» dice el cartel de la puerta en brillantes luces rojas y verdes. Un italiano de esos de toda la vida, con pizzas de buen tamaño cocinadas en horno de leña a menos de quince euros.

La camarera, una vieja con la piel oxidada cuál armadura de bronce, me mira con extrañeza. «You need a girlfriend, you can't visit Paris alone» me dice simpática en un inglés bien pronunciado.

—I have one, she is somewhere in this city and I'm trying to find her — le respondo con naturalidad. Segundos después, me doy cuenta de que, sin querer, le he terminado contando el motivo de mi viaje.

—How is that possible?

Llegado a este punto y siendo consecuente con las reglas que yo mismo he puesto, decido contar el resto. A lo mejor no ha sido una casualidad que respondiese tan sinceramente hace unos segundos.

—We have decided to travel to Paris this way; completely separated from each other, and then try to find ourselves without using phones and following many other rules.

Ella se queda en silencio. Por un momento no sé si es porque intenta asimilar la razón de un viaje tan raro o porque no ha entendido lo que he dicho.

—Is everything ok? — le pregunto preocupado.

—Its just... some girl came this morning and said the same to me.

Entonces recojo mis manos y cruzo los brazos por encima de mi pecho. Jamás pensé que su gesto fuese por esto. Empiezo a pensar sin parar, a la velocidad de la luz. Mi mente repasa cada posible razón: casualidad, probabilidad, suerte..., destino.

—Did she tell you her name? — le pregunto nervioso.

—Yes, but I can't remember it right now — responde ella. —She was blonde— dice luego.

Entonces sonrío de alegría y le doy las gracias. He encontrado a Lindsay.

Capítulo ocho

¿Alguna vez te ha pasado algo tan infinitamente casual que has llegado a pensar que todo debió estar anteriormente pensado por un ente superior?

No es necesario creer en Dios para pensar que ello es posible. Muchos importantes teóricos físicos y filosóficos sostienen la teoría de que toda nuestra vida está predeterminada.

¿Cómo no pensar así, después de lo que me ha pasado con la señora del restaurante italiano?

Me gustaría pensar que la búsqueda se ha terminado, pero para nada es así. Es verdad que después de lo que pasó ayer en la noche, todo parece mucho más fácil, pero, siguiendo estrictamente las reglas, encontrarnos será más difícil de lo que parece.

Lo he pensado todo. Decirle a la señora que le dijese a Lindsay que nos vemos allí a la hora de la cena sería la opción más razonable, pero sin reloj, y con el límite temporal máximo de una hora en cada lugar, la cosa se complica un poco más. Eso sin tener en cuenta que puede que ella nunca vuelva a pasar por ese restaurante.

Pasaré por el restaurante después de comer, no sé que hora será, pero me imagino que estaré allí entre la 1:00 pm y las 4:00 pm. Le diré a la señora lo que he pensado, y esperaré a que anochezca...

¡Eso! ¡Eso es! ¿Por qué no se me había ocurrido antes? Los egipcios ya medían el tiempo con el sol hace miles de años, no hay forma más efectiva.

Es tan simple como dejarle dicho a mi vieja ayudante que le diga a Lindsay que nos veamos tan pronto como se empieza a esconder el sol. Da igual si es hoy, mañana o dentro de tres días, en algún momento deberíamos encontrarnos.

Bajo las escaleras del hotel y me encamino hacia el salón con desayuno tipo buffet. No hay nada. Ni desayuno, ni empleados, ni gente sentada comiendo. Sabía que esto pasaría, y lo más posible es que siga pasando una y otra vez. ¿Cómo llegar a tiempo al desayuno sin un reloj y sin una alarma despertadora? Ahora mismo podrían ser las diez de la mañana o las tres de la tarde, más aún tomando en cuenta lo mucho que suelo dormir.

En vista de que me tocará desayunar fuera, decido ir directamente a La Casa de la Nonna y hacer las dos cosas: comer y hablar con la camarera para que sea de mi ayuda. El único problema es que no podré volver allí esta noche, porque ya habría estado por la mañana—tarde, pero me basta con dejar hecho el recado; tarde o temprano terminaré coincidiendo con Lindsay.

No tardo mucho en llegar al restaurante. El cartel con el nombre que cuelga de la puerta es mucho más discreto de día, sin esos fluorescentes y poco elegantes neones. Me es más fácil detallarlo. Pasando por el portón de madera rústica de la entrada, examino mejor el lugar.

De sus paredes cuelgan retratos con fotos de monumentos y ciudades italianas: la Torre de Pisa, el

Coliseo, el Ponte Vecchio, el monumento a Victor Manuel II... todos enmarcados en caoba oscura.

Las mesas son cuadradas y de madera desgastada, como si fuesen parte de la cabaña de los enanos de Blancanieves, y encima de ellas, reposan manteles con estampado de rayas rojas, blancas y verdes.

No pasa mucho tiempo hasta que la vieja camarera, avisada de mi presencia, camina sonriente hasta donde estoy para ofrecerme una mesa.

—Is it ok here? — me pregunta a la vez que señala con sus manos una de las mesas en una esquina del restaurante alejada de la entrada.

—Yes — le aseguro. — By the way, what is your name? I'm sure I will come here many other times and I would like to call you by your name — digo luego.

—Flavia, and yours?

—I'm Luis, nice to meet you.

Ella sonríe y me da la carta del restaurante. Por ahora es mi única ayuda, así que debo intentar mantener la mejor de las relaciones con ella. Pienso que puedo haber malgastado una de mis oportunidades, pero ya no puedo hacer nada; es una señora mayor, con la piel desgastada, siempre vestida con una larga blusa color rosa pastel, puede que mañana ni siquiera se acuerde de mí.

Termino de comerme los espaguetis antes de decirle nada. Mientras lo hago, voy pensando en cómo formularle todo de la mejor forma posible, temo que por su edad y por estarnos comunicando en inglés, algo no le quede claro.

Se acerca a mi mesa después de que le haga una señal con mi mano.

—Everything ok? — pregunta.

—Yes, I just wanted to know if you remember me from yesterday?

—Sure I do, you are the young man that was looking for his girlfriend, right?

—Thats it! — le digo yo sonriente. Al menos tiene buena memoria.

Luego le explico lo que quiero que haga y parece entenderme a la perfección: cuando Lindsay vuelva a venir, si vuelve, le dir  que pase por aquí todos los días cuando empiece a esconderse el sol. Con eso me bastará; parece que todo va a terminar siendo más sencillo de lo que pensaba.

Después de pagar, salgo del restaurante y empiezo a caminar sin rumbo. Soy feliz. Es solo cuestión de tiempo que Lindsay y yo volvamos a estar juntos.

*

Después de pasar la tarde dando tumbos por «la ciudad del amor», decido que es buen momento para

llamar a Gilbert e invitarle a una cerveza.

Mi amigo no tarda en aceptar mi propuesta. Así que no pasa mucho tiempo hasta que estoy por fin sentado junto a él en un bar moderno de nombre Natalie.

— ¿Qué tal con tu amiga? Siempre la dejas en casa... — me dice después de dar un largo e intenso sorbo a su jarra de cerveza.

— Todo es más complicado de lo que parece, te lo contaré mejor cuando me haya bebido unas cuantas cervezas más — le respondo. Realmente ya me da igual gastar la segunda persona que permiten las normas, me ha sido suficiente con la señora del restaurante; en cuestión de días, o incluso horas, estaré junto a Lindsay.

El no insiste en saberlo, parece querer respetar y esperar a que yo decida contárselo. Cualquiera que le viese sin conocerlo diría que no rompe un plato; sus ojos azules y redondos y su rubia cabellera cortada y repeinada hacia un lado se mantienen idénticos desde que lo conocí hace muchos años en el colegio. Por aquel entonces era tímido y serio, ahora no para de hablar y de beber cerveza.

No tardamos mucho en beber lo suficiente como para empezar a perder la poca cordura que tenemos. Mi amigo ya ha empezado a piropear a cuanta chica pasa por su lado, y yo, borracho pero enamorado, me limito a reír sus gracias.

Decidimos salir del bar e irnos a un lugar más movido, no tanto como una discoteca, pero tampoco tan tranquilo y chic como el Natalie.

Caminamos por una avenida oscura y solitaria; por unos momentos me siento paseando por la típica calle de las portadas de los cuentos de Jack el Destripador. Las aceras, sucias y deterioradas, desprenden un fuerte olor a cañería que parece luego entristecer a los edificios que se construyen a su vera.

Todo es tan lúgubre y tenebroso que creo que estando solo jamás me hubiese metido por aquí, pero Gilbert parece conocer el lugar, y no lo veo muy asustado.

—¿Estás bien? — me pregunta. Creo que se ha dado cuenta de que no me siento especialmente cómodo caminando por aquí.

—Sí, es solo que esta calle es un poco sola y oscura ¿Estás seguro de que estamos yendo por el lugar correcto?

—Sí, tranquilo que aquí no pasa nada, esto no es Venezuela...

Y de pronto, como si la vida quisiera demostrarle que nunca debe confiarse de nada, aparecen dos hombres con pasamontañas y nos empujan contra la pared de uno de los viejos edificios que nos rodean. Gilbert y yo intercambiamos una mirada fugaz pero suficientemente larga como para contarnos, en silencio, lo asustados que estamos.

Dicen algo en francés que no alcanzo a entender. Mi amigo si lo hace y lo traduce para mí: «Quieren nuestros móviles y nuestras billeteras, sino, nos harán mucho daño»

Sin la billetera no podría pasar en París más de un día, no tendría como sobrevivir aquí. Además, tengo

muchísimas cosas guardadas en el móvil: capítulos de libros sin terminar, listas de planes con Lindsay, datos bancarios, fotos, videos... no puedo dejar que me lo quiten. Tengo que hacer algo.

*

En un rápido intento por salir de allí ileso, empujo con fuerza a uno de los atracadores y tiro a Gilbert de la mano para que sepa que intento escapar.

El otro atracador, más rápido que yo, tira de él con más fuerza, pegándolo de nuevo contra la pared. Por un momento pienso en correr y escapar sin él, pero termino pensándomelo mejor, dejarlo allí solo contra esos dos hombres sería algo imperdonable.

Me arrepiento de haber pensado tanto cuando siento una mano que me coge con fuerza del cuello de la camisa y me empotra contra un contenedor de basura.

El hombre habla en francés, parece muy alterado y saca un puñal de su bolsillo. Empiezo a temer por mi vida. Tal vez hubiese sido más sensato haberle dado todo sin rechistar y buscarme la vida durante los días que pase aquí.

— Dice que si se te ocurra hacer algo así de nuevo, te clavaré el cuchillo, dale todo de una vez, deja de hacer tonterías — me dice Gilbert. Su voz, temblorosa, me dice que al menos ambos estamos igual de nerviosos.

—No sabes lo que significaría dárselo todo, no puedo — le grito exaltado. Lo hago mientras con mi mano derecha empiezo a sacar la billetera del bolsillo de atrás de mi pantalón.

—Nada significará más que tu vida, Luis, dales lo que piden, ya veremos que hacer luego — otro empujón.

Le doy la billetera y me quedo un momento sin moverme, a lo mejor se olvida del móvil y se va.

—Quiere el móvil también — avisa mi amigo.

Maldita sea el día que decidí salir con él. Era obvio que caminar solos por esta porquería de callejón nos iba a traer problemas. Esto me pasa por no haberme centrado en la razón del viaje, no he venido aquí a buscar amigos.

Al sacar mi móvil del bolsillo delantero, cae al suelo la foto impresa de Lindsay que tenía guardada en el mismo bolsillo. El atracador coge el móvil y se agacha a recoger la foto.

—Pretty — me dice en un inglés poco entendible.

—Give it to me, please — le digo; pronunciando lentamente para hacerme entender.

Él se niega.

Le pido a Gilbert que les diga en francés que necesito esa foto, ya tienen todo lo que querían.

Se vuelve a negar. Esta vez, mientras me mira a los ojos desafiante, coge la foto con ambas manos y después de darle un beso, la empieza a romper en pedazos.

Aquello es suficiente para que se me olvide el peligro que estoy corriendo. Me lanzo contra él y lo tiro al suelo. Grita algo en francés a su amigo pero esta vez Gilbert lo detiene antes de que sea capaz de hacerme daño. Lanzo un fuerte golpe directo a su mandíbula izquierda pero logra apartarlo de su cara con sus manos. Luego es él quién me empuja con fuerza para quitarme de encima suyo. Estamos ambos de pie, mirándonos con rabia. Él saca su cuchillo de su pantalón; la hoja de este, además de gruesa, parece medir unos cuantos centímetros. Es entonces cuando me doy cuenta de que he metido la pata. A lo mejor esto es lo que el destino quería para mí, que muriese en París, lejos de mi familia e intentando encontrar a mi novia. Sabía que no todo podía ser tan perfecto, que todavía tendrían que pasar muchas cosas hasta que me encontrase con Lindsay en el restaurante italiano.

—No me hagas daño, por favor — le digo en español. Estoy tan nervioso que me olvido de que solo hablan francés.

Él se ríe. Disfruta verme asustado. Su amigo hace lo mismo con Gilbert. Ambos nos enseñan sus amarillentos y torcidos dientes a la vez que nos miran a los ojos con más odio del que había visto jamás en la mirada de alguien.

De pronto suena una sirena de policía. Los dos atracadores cambian su gesto, se miran entre ellos e intercambian un par de palabras. Entonces salen corriendo de allí, no sin antes decirnos algo que suena a amenaza.

Yo me hecho al suelo a llorar, agradecido con Dios y con la vida por haberme dado una segunda oportunidad, por haberme dejado escapar ileso y por dejarme seguir adelante con este viaje.

Capítulo nueve

Es mi tercer día en París; se supone que deberían quedarme otros siete, pero no estoy seguro de si podré estar aquí tanto tiempo si dinero. He pasado la noche en casa de Gilbert; ha dicho que puedo estar aquí el resto del viaje, aún así no me siento cómodo. Espero encontrar a Lindsay hoy o mañana como muy tarde e irme a casa.

Ayer fue una noche muy larga, no solo por el incidente del atraco, sino por las tres horas que pasamos luego en comisaría denunciando los hechos. Me costaría decidir entre cual de las dos situaciones fue más agónica.

El apartamento de mi amigo es acogedor, tan grande como para que puedan vivir cómodamente unas tres o cuatro personas. Los muebles, modernos y de lujo en apariencia, me dejan claro que debe tener un buen trabajo.

Me levanto sin hacer mucho ruido, intentando no despertar a Gilbert que duerme en la habitación de al lado. Los agudos latidos en mi cabeza me hacen recordar lo mucho que bebí ayer en la noche. Tengo sed, pero me da vergüenza ir por mi cuenta hasta la cocina a buscar un vaso de agua; siempre me pasa lo mismo cuando duermo en casa ajena.

Escucho el sonido del abrir y cerrar de un cajón en la habitación de mi amigo. «Está despierto» pienso, alegrándome. Abro entonces mi puerta y camino hasta la suya. Toco dos veces y me quedo unos segundos esperando.

—Creía que seguías dormido — me dice él tan solo abre la puerta.

—Yo pensaba lo mismo de ti, me estoy muriendo de sed y me daba vergüenza ir a la cocina a buscar agua.

Él se ríe y me dice que he debido hacerlo. «Estás en tu casa» me dice luego mientras rellena el vaso en el dispensador del frigorífico.

—Entonces ¿me contarás qué es lo que pasa con la supuesta amiga que has venido a visitar?

Y yo que pensaba que se iba a olvidar de ello. Es obvio que estoy escondiendo algo; si lo de mi amiga fuese verdad, estaría desesperado intentando comunicarme con ella para decirle que estoy bien. Aún no estoy seguro sobre si debo contárselo o no, pero no me queda otra opción. Ahora Gilbert es mi único apoyo y debo tenerlo informado de absolutamente todo.

—Es mi novia. En unos días volverá a Estados Unidos. Yo aún no se si debo irme con ella; para eso he planeado este viaje. Cada uno ha venido por separado y con la única misión de encontrarnos; si lo logramos, lo tomaré como una señal y asumiré el riesgo de irme con ella a América, sino, volveré a Madrid y todo se habrá acabado.

—¿Me hablas en serio? — me pregunta él.

—Sí, totalmente.

—No entiendo algo. ¿No puedes simplemente enviarle un correo diciéndole que estarás en un lugar a una determinada hora, y ya está?

—Eso haría que el viaje no tuviera sentido. Hay ciertas reglas que debemos seguir, mira — le digo antes de sacar de mi bolsillo la hoja con las normas del viaje.

—Déjame ver — dice él mientras estrecha su brazo para arrancarme la hoja de la mano.

Se queda leyendo todo por unos segundos. Sonríe y asienta mientras lo hace, como buscando hacerme ver que le está gustando lo que ve.

—Eres un romántico, muy buena idea, amigo.

—Gracias — recupero la hoja.

Seguimos hablando de ello; mi historia con Lindsay, los problemas de irme con ella, el porqué de su regreso a Estados Unidos, los avances de la búsqueda que he estado haciendo este par de días..., todo.

Me ofrece ayudarme a buscar, pero realmente lo único que necesito de él es comida y dinero. No tardaré mucho en lograr mi misión.

Después de comer, decido ir a La Casa de la Nonna a preguntar si Lindsay se ha pasado por allí. Con suerte nos encontraremos esta noche y toda esta aventura habrá acabado. Pienso en todo lo que debo tener preparado para cuando nos veamos y me alivia saber que no hay ningún cabo suelto. Puede que para ella esta noche sea la más especial de su vida.

Tan sólo entro en el restaurante, Flavia me dirige una amable sonrisa y se acerca a recibirme.

—How are you?

—Except for the fact that I got mugged yesterday, I'm fine, what about you?

—Did you get mugged? Oh Lord, I'm sorry — contesta asombrada. Luego hace un gesto con la mano que me invita a sentarme a su lado en una de las mesas del lugar. Es justo la hora después de comer y no tiene clientes que atender. —What happened? — me pregunta luego.

Le explico todo lo que ocurrió. Me dice que tuve suerte de que llegase la policía en aquel preciso momento, y que debería tener más cuidado al caminar por la noche en ciertas calles de París.

—Has my girlfriend been here? — le pregunto cambiando de tema. Es lo único que quiero saber, no me interesa seguir recordando los detalles del atraco.

—Yes! Sorry, I had forgotten to tell it to you. Yes, she was here last night, I told her to come this evening when the sun started to hide, just as you told me — me dice sonriente.

Jamás me había emocionado tanto con las palabras de una camarera. Es tal la alegría que por un momento medito levantarme de la silla y darle un abrazo.

No tardamos en despedirnos después de pasar un rato más hablando de temas ajenos a mi viaje.

Una vez fuera del restaurante, me paro a pensar cuánto tiempo acabo de pasar allí, lo deberé tener en cuenta para esta noche. Habrán sido unos veinte minutos aproximadamente, así que tendré tiempo suficiente.

Mi tarde se presenta aburrida, no tener dinero en una ciudad como esta es lo mismo a no poder hacer prácticamente nada. Más aún cuando ni siquiera puedes usar un móvil para buscar en Google «las diez cosas que puedes hacer gratis en París».

Decido dar una vuelta por la ciudad, de esas sin sentido, memorizando nombres de calles, gastando horas en librerías, entrando a tiendas sin intención de comprar... viendo el cielo y esperando ansioso que se empiece a esconder el sol.

Paso de nuevo por la Catedral de Notre Dame, ahí está de nuevo la mendiga del primer día, sentada bajo la pequeña sombra que brinda un rincón de la edificación. Camino cerca de ella, lo suficiente para que pueda verme y me dedique una amable pero amarillenta sonrisa. Me alegra mucho que se haya acordado de mí, me entran unas ganas inmensas de darle dinero, pero recuerdo que ahora soy yo quien lo necesita. «Es curioso que ahora mismo ella tenga más dinero que yo», pienso después de dejarla atrás.

De pronto percibo un olor único, un perfume que solo había oído en la piel de Lindsay. Mis manos empiezan a temblar y mi pecho se hace hielo. Me doy la vuelta y empiezo a mirar todo a mi alrededor, tiene que estar cerca de mí, el olor es demasiado intenso como para estar a más de veinte o treinta metros de distancia.

Camino de un lado a otro de la acera, pero nada, pocas personas pasan por aquí y ninguna de ellas es quien estoy buscando. Todas las tiendas de la calle están cerradas, excepto una frutería un poco más adelante. Decido caminar hasta allí para comprobar si dicho lugar es la fuente de donde emana tan encantador olor.

Por cada paso que doy, el aroma se hace más intenso, es una enviciante mezcla entre naranjas y flores, dulce y exótica al mismo tiempo, justo como lleva oliendo Lindsay desde el día que la conocí.

Entro a la frutería. No hay más gente que las cajeras y algún que otro empleado. Ninguno de los cuales es el portador de la embriagante fragancia.

Uno de ellos me pregunta algo en francés.

—Sorry, I don't understand — le digo.

—You need help?

—No, thank you, I'm okay — respondo. «Después de todo, los franceses no son tan antipáticos cuando llega el momento de hablarte en inglés, o a lo mejor este chico es la excepción» pienso mientras me pierdo entre las frutas.

Aquí es, son las naranjas. Es increíble que puedan desprender un olor tan exquisito y más difícil aún que lo hagan tan intensamente que permitan a cualquier viandante olerlo a varias decenas de metros de distancia.

Pienso en comprar una, pero automáticamente recuerdo que no tengo nada de dinero. Ni para una puñetera naranja. Qué diría mi padre de esto... Recuerdo cuando nos íbamos de viaje y dejaba parte de dinero en efectivo en la habitación. «Por si me roban o se me pierde la billetera. Nunca tengas todo tu dinero encima, y menos aún te vayas de viaje contando únicamente con tus tarjetas de crédito». Parece que pudiera escuchar su voz en mi cabeza ahora mismo.

Doy media vuelta y abandono la frutería. Volveré mañana, después de pedirle dinero prestado a Gilbert, para comprar unas cuantas.

*

Llevo más de cinco horas vagando sin sentido por la ciudad. Mi cabeza sigue en la frutería, drogada aún por la esencia de esas dulces y románticas naranjas.

Mi pulso se acelera tan solo noto que el sol se está empezando a esconder. Pensé que todo sería tan fácil como ir hasta el restaurante y esperar a Lindsay, pero ahora me invaden las dudas. Solo tengo cuarenta minutos para estar allí ¿Tardará el sol más tiempo en esconderse?, ¿cuándo decidirá ella ir al lugar?, ¿ahora?, ¿un poco más tarde?, ¿cuando esté a punto de desaparecer en el horizonte?

¡Ya lo tengo! Es verdad que según las reglas no puedo estar más de una hora dentro del restaurante, pero sí podré estar una hora fuera de este viendo a cada persona que entre en él; si Lindsay es una de ellas, todo esto habrá terminado. Lo mejor de todo es que con ese plan, aún me quedarían cuarenta minutos más de espera dentro del lugar. Nada puede salir mal.

Camino hasta la pequeña plaza que hay frente a La Casa de la Nonna y consigo sentarme en un pequeño banco que hay al lado de la fuente central. La vista desde aquí es ideal, puedo ver a la perfección a cualquier persona que entre o pase por delante del restaurante.

Veo a una chica rubia aproximarse a la puerta; lleva puesta una camisa azul, unos pantalones de vaquero y unas zapatillas Converse. Afino la vista para asegurarme de que no es Lindsay, si no fuera porque esta chica es un poco más alta, pensaría que es mi novia quien está entrando al restaurante.

Después de ella viene una pareja, ambos parecen estar discutiendo; verlos me hace recordar las pocas veces que yo y Lindsay hemos discutido. De hecho, si no fuese porque ella tiene que volver, jamás lo hubiésemos hecho. Yo pensaba que una relación sin discusiones era una relación muerta, incluso llegaba a generar discusiones sin sentido con mis otras parejas para «darle vida» a nuestra convivencia. He terminado comprobando lo equivocado que estaba, solo basta con saber aceptar las decisiones y las opiniones del otro.

Paso el resto de la hora haciendo lo mismo, me gusta ver a la gente e intentar imaginar los problemas personales que tendrán, sus profesiones, sus frustraciones y hasta los desencuentros amorosos que podrían haber sufrido. Por un momento estoy tan inmerso en mis análisis que me olvido de que lo que verdaderamente espero es que sea Lindsay quien pase por allí.

Es hora de entrar. Ya ha pasado el tiempo reglamentario que puedo estar en este banco, así que me tocará esperar el resto dentro de La Casa de la Nonna.

Tan solo entro, Flavia deja de atender a una pareja de comensales para venir a saludarme.

—Hello! Come with me, your girlfriend is waiting for you — me dice a la vez que me coge de la mano y me lleva con ella.

Me hundo en un mar de dudas. ¿Cómo es posible que ella me esté esperando ya? He pasado una hora fuera y no la he visto entrar, estoy completamente seguro. La única posibilidad de que ella esté aquí es que lleve esperándome más de una hora, y eso iría contra las reglas. Aún así ¿Qué voy a hacer? Aunque ella haya decidido saltarse las reglas, no puedo dar media vuelta e irme, por mucho que intente seguir las pautas del viaje.

Esta no era la forma en la que quería encontrarme con ella. No así. Se suponía que siguiendo las reglas a rajatabla el destino sería el que decidiese unirnos o no. Se lo diré cuando la vea. Hubiese sido preferible quedarnos en Madrid; incluso me hubiese ahorrado el robo de mi móvil y mi billetera.

—Here she is — me dice una vez llegados a una de las mesas del fondo.

—Where? — pregunto confuso. No es Lindsay quién está sentada allí.

—In the table, look at her.

Por un momento pienso que puede que la vieja esté bromeando conmigo, pero después de ver como agita su mano con esmero, me doy cuenta de que va totalmente en serio.

¿Qué carajo? Puede que la chica sea una amiga de Lindsay que ha venido a decirme que ella ha decidido no intentarlo y que no ha podido venir a decírmelo personalmente ¿Es eso? No tiene otra explicación.

—Hey — saludo mientras me siento frente a ella. Veo su cara, está tan desconcertada o más de lo que puedo estar yo.

—Hey — responde tímidamente.

—Who are you?

—I'm Monica, and you?

—Luis...

Me quedo unos segundos en silencio. Esperando que sea ella la que me diga “Oye, soy la amiga de Lindsay que está aquí para decirte que ella no quiso venir. Lo siento”. Pero eso no ocurre. Ella también se queda en silencio.

—Okay, this is awkward. The woman that runs this restaurant told me she had talked to a girl that was making a trip with his boyfriend..., and the trip idea was exactly what I'm doing with my girlfriend. This must be a joke.

—Are you serious?

—Why shouldn't I?

Otro momento de silencio incómodo. Creo que ella está pensando lo mismo que yo, que todo es parte de una especie de cámara escondida.

—Is your girlfriend Lindsay? — me pregunta.

Ya está. Esto era lo que estaba esperando, ahora es cuando me dirá que el viaje ha sido un fracaso, que Lindsay ha decidido volver a Estados Unidos.

—Yeah... are you her friend?

—No.

—Then how do you know her?

—I don't know her, I just found a letter in the street with those travel instructions written in it, and I decided to do it with my boyfriend.

Entonces mi mundo se viene abajo. Si ella ha encontrado esa carta en la calle, es porque Lindsay la ha tirado ¿O la ha perdido? ¿Puede que la haya perdido después de comprar los billetes y reservar el hotel?

Cuando creía que la vida era increíble, me sorprende aún más. Nunca podré estar seguro de nada, y las casualidades, por muy casuales, siempre parecerán estar escritas por un «autor de autores». Creía que mi viaje acabaría esta noche, y muy a mi pesar, esto no ha hecho más que empezar.

Capítulo diez

Me despierto feliz. No debería estar así, pero he decidido tomarme todo esto como una señal de que estoy siguiendo el camino correcto. ¿Para qué se iba a preocupar la vida en hacerme coincidir con esa chica, si no es para ayudarme a seguir adelante? Después de todo, encontrar a Lindsay ayer hubiera sido poco romántico; creo que este viaje necesita más búsquedas, más tropezones y más creatividad, y hoy he amanecido con más ganas que nunca.

Por una parte, he perdido a mis dos ayudantes. Flavia, la señora del restaurante, ahora no sirve de nada; y Gilbert, que se la pasa trabajando todo el día, me servirá menos aún. Sin embargo, por otra parte, he ganado una valiosa ayudante: Mónica. Ha venido a hacer lo mismo que yo, con las mismas normas y los mismos plazos, pero ella tiene algo que no tengo yo, y eso es un amplio conocimiento de la ciudad, además de un dominio increíble del francés.

Hemos decidido unir fuerzas y ayudarnos mutuamente a buscar a su novio y a Lindsay (cuyos nombres no sabemos por cuestiones de normativa). Hemos quedado en encontrarnos en su hotel, cerca de la Catedral de Notre Dame, de otra forma sería muy complicado coincidir en un lugar sin reloj ni móvil que nos ayudase con la hora del encuentro.

Salgo del piso de mi amigo sin hacer ruido, no quiero despertarle; se pondría a preguntarme acerca de los avances del viaje, el porqué de que no esté Lindsay conmigo cuando se suponía que me encontraría con ella ayer en la noche, etc. Prefiero dejar eso para más tarde. Ahora solo quiero llegar al hotel de Mónica y trazar entre ambos las líneas del plan de búsqueda.

Tomo el camino de siempre, pasando por la antigua catedral gótica; en parte, lo hago buscando alegrar mi inicio del día con una sonrisa de mi amiga vagabunda.

Ella está ahí, sentada, a merced del sol que esta vez no le ha dejado sombra alguna donde cubrirse. Me mira, y esta vez, lejos de sonreír y ya está, me hace señas con la mano para que me acerque a ella.

Voy encantado. El primer día hubiese dudado, hubiese creído que quería robarme o algo parecido, sin embargo, ahora mismo confío más en ella que en mi amigo Gilbert.

—Bonjour — le digo en mi francés más básico.

Ella solo sonríe y saca mi billetera de entre el montón de telas que la cubre.

Yo me quedo de piedra, sin saber cómo reaccionar al respecto. No se si agradecerle por haberla recuperado o si creer que ella estaba involucrada en el atraco de aquella noche.

—Ehm... merci — le digo. Da igual de donde la ha sacado, el hecho es que me la está devolviendo. Ella hace gestos con la mano intentando comunicarse conmigo por medio de señas. Primero se señala ella, luego mueve sus dedos indicando que estaba caminando, después mira hacia el suelo y vuelve a subir la mirada en señal de sorpresa. No lo hace nada mal. Estaba caminando por la calle y se encontró mi billetera en el suelo.

Luego recoge las manos y frota la punta de su dedo pulgar con la de su dedo índice, señala mi billetera, y después pasa con rapidez la palma de su mano derecha sobre su mano izquierda. Lo entiendo. La cartera no tiene dinero. Tampoco esperaba que lo tuviese. Sinceramente, llegado a este punto me da igual que ella haya estado involucrada en el atraco. Aunque fuese así, ha tenido la decencia de devolverme la cartera. Le doy gracias nuevamente y sigo mi senda hacia el hotel de Mónica.

Mientras camino, abro la cartera para ver si aunque sea queda mi DNI y las tarjetas de crédito. Mi sorpresa es mayúscula al hacerlo. No solo está cada una de las tarjetas, sino que además hay un pequeño papel con algo escrito. Lo abro con cuidado de no romperlo.

«Never lose hope» dice.

Mis ojos se llenan de lágrimas. Puede que ella lo haya escrito por cualquier otra razón, pero ahora mismo lo único que puedo ver yo en esas palabras es una señal más, otra casualidad no tan casual que me dice que siga adelante pase lo que pase.

Automáticamente se viene a mi mente la mirada de Lindsay. Esa mirada tan dulce y curiosa oculta bajo los ojos más inocentes que haya visto jamás. La recuerdo con alegría; recuerdo su sonrisa nerviosa la primera vez que la besé, tan nerviosa como aquel la vez que no sabía si darme dos besos o besarme directamente en la boca al saludarnos. Recuerdo su olor, tan dulce y embriagante como las naranjas de aquí, las naranjas de París, que junto a este papel me siguen diciendo que no pierda la esperanza, que siga intentándolo porque ella vale la pena.

Entro al recibidor del hotel y le digo al recepcionista, en inglés, que llame a la señorita Mónica de la habitación 211 y le avise que estoy abajo esperándola.

—She is coming down soon— me dice el hombre. —You can wait for her in that sofa — me señala luego.

Ella no tarda en bajar, no tengo reloj para contar cuánto ha tardado, pero podría decir que no han sido más de cinco minutos.

—Were you waiting for me? — la saludo.

—Yes, in fact. I'm really excited about having you as a helping hand, I know we both are going to find our couples— responde ella mientras me estrecha la mano.

Decidimos ir a un bar cercano. Solo podremos estar una hora ahí, pero es más que suficiente. Además, si nos hicise falta tiempo, siempre podríamos pasar una hora más en La Casa de la Nonna.

—Well, tell me what are your plans? You should have something, right? You are the architect of this travel.

Su inglés es muy bueno. Cualquiera que me viese con una italiana, morena, de 180 centímetros, de cuerpo atlético y unos ojazos verdes que parecen dos esmeraldas, pensaría que estoy saliendo con ella, y estaría muy lejos de la verdad, que es que la estoy utilizando para encontrar a mi novia.

—The only thing I've planned about this travel is what I am going to do in case I find her.

—But no search strategy? Really?

—No.

Se lo que debe estar pensando ella ahora mismo. ¿Cómo demonios se te ocurre planear un viaje de este tipo sin saber qué vas a hacer para buscar a tu pareja? Es una tontería, lo sé, pero es la forma en la que quiero que se desarrolle toda esta aventura.

No tiene buena cara, me dice que ella sí que partió de Madrid con alguna que otra idea que podría ayudarla a encontrar a su novio. Una de ellas es valerse de su gran habilidad para dibujar y hacer un bosquejo de una foto de su novio e irla enseñando lugar por lugar. Discutimos acerca de la posibilidad de fotocopiar el dibujo o no, de acuerdo con la primera regla del viaje que prohíbe la utilización de dispositivos electrónicos; es verdad que especifica luego que se refiere a móviles y ordenadores, pero aún así, puede tener varias interpretaciones. Decidimos dejar de lado cualquier intento de fotocopia.

Otra de sus ideas es la de escribir en cientos de papeles, una frase cuyo novio pueda reconocer, y utilizar el sol y el atardecer como horario de encuentro en algún lugar centrico; la Torre Eiffel, por ejemplo.

Pasamos la hora entera discutiendo acerca de ello. Finalmente, ella decide seguir adelante con sus ideas. A mi se me ocurre algo también, pero necesito dinero para llevarlo a cabo, y mis tarjetas de crédito deben estar bloqueadas. Tendré que pedir ayuda a Gilbert, no me queda otra opción.

—See you tomorrow to talk about our advances — se despide ella.

*

A pesar de no ser de mucha ayuda en cuanto a la búsqueda, mi amigo ha estado de diez dejándome pasar estos días en su casa, comer allí, cenar allí, y dejándome dinero para mis tonterías románticas. De no ser por él, nada de esto sería posible, aunque, siendo justos, si no fuese por él, tampoco me hubiesen robado la cartera y el móvil.

He logrado que me prestase cincuenta euros para mi plan. La condición ha sido que se lo contase, así que lo he tenido que hacer. Dicho dinero me alcanzará para comprar unas 100 naranjas que repartiré por los lugares y las tiendas más emblemáticas de la ciudad, tomando también en cuenta los gustos de Lindsay. Cuando sea que vean a una chica americana y rubia que huela igual a esas naranjas, deberán entregarle un pequeño papel que escribiré, donde le indico que acuda a La Casa de la Nonna justo cuando el sol esté apunto de desaparecer en el horizonte. Sé lo arriesgado que es, puede que ella no esté usando ese perfume durante el viaje, pero de eso se trata, de tentar a la suerte y el destino; puede que ni siquiera haya venido a París, pero yo tengo que ser optimista y pensar que la vida conspirará a mi favor para ayudarme a encontrarla.

También cojo de mi amigo una mochila prestada. Como es obvio, no tengo suficiente espacio para tanta fruta, así que tendré que ir comprando y repartiendo aleatoriamente hasta que se me haya acabado el dinero.

Mi primer destino es la avenida comercial de los Campos Elíseos. Además de ser la más famosa de París y de Europa, creo que no tendré problemas en explicar mi plan en inglés a los dependientes de las tiendas.

Después de repartir naranjas por toda la calle, decido desviarme un poco hacia la Avenida Montaigne, donde está una de las tiendas principales de Gucci en París. Esa es la marca del perfume de Lindsay, y no hay mejor lugar que ese para dejar una naranja, o en el mejor de los casos, simplemente avisar que si pasa por allí una chica con su perfume Rush, le entreguen el papel con el mensaje.

—Bonjour signor — me recibe una de las empleadas del lugar.

—Hello — respondo yo en inglés y con una sonrisa. Creo que será suficiente para que comprenda que ni entiendo ni hablo francés.

—Can I help you?

—Indeed, I am doing some kind of rare travel with my girlfriend, and I'm looking for her around Paris. I know her favorite perfume is Gucci Rush, and I decided that this shop would be surely one of the spots she would come to.

Ella se queda como se quedaría cualquier persona a la que no le diesen mas explicaciones que esa. «¿Qué querrá este loco de mí?» estará pensando. Después de un par de segundos en silencio, me dice que espere, se da media vuelta y camina hacia los interiores de la tienda.

A estas alturas puedo esperarme cualquier cosa. No sería raro que viniesen los guardias de seguridad y me echasen a patadas de aquí. Y si llegan a registrarme la mochila, peor aún ¿Qué hace un chico solo en una tienda de Gucci con un montón de naranjas en el bolso?

Veo a la chica volver, sin guardias ni policía, acompañada de otra chica un poco mayor que ella en apariencia.

—Hello — saludo a la nueva.

—Is your girlfriend from United States?

Mi corazón empieza a latir a mil por hora. ¿Por qué pregunta eso? ¿Es casualidad? ¿Le habrá pasado algo a Lindsay?

—Yes, why? Do you know something about her?

—A couple of days ago an american girl came asking for two bottles of our Rush perfume, we don't make that perfume anymore, but she was lucky we had some of them in stock, we told her to come tomorrow to get the perfumes — dice ella.

Por fin. Esta vez tiene que ser ella. No puede pasarme lo mismo que ocurrió en La Casa de la Nonna, ahora no. Tengo que asegurarme de que hablan de Lindsay.

—Can you describe her?

—Sure, she was about this size — dice primero mientras con una mano señala la estatura, coincide totalmente con la de Lindsay. —She was blonde, she was wearing some jeans and converse shoes when she came, and she was using Gucci Rush.

Me siento el hombre más feliz del mundo. Esta vez no hay equivocación, es ella, la he encontrado. Le explico a la dependienta qué es lo que debe hacer cuando ella venga a recoger los perfumes. Es tan simple como entregarle uno de los papeles que escribió Gilbert, nada más. Con suerte mañana estaré junto a la chica más increíble del mundo.

Capítulo once

Mientras espero a Mónica en el lobby del hotel, una imponente mujer de cabello moreno y sugerente vestimenta se acerca a mi; es Aurora. No sé que hace aquí, puede que se esté preguntando lo mismo, sin embargo lo mío es normal, le había dicho que estaba de vacaciones con una amiga; ella, sin embargo, dijo estar casada.

Su saludo es tan exagerado y sonoro que se acerca uno de los porteros del hotel y nos pregunta si todo está bien; debió pensar que estábamos discutiendo o algo por el estilo.

—¿Qué tal? ¿Qué haces por aquí? — pregunto yo. Realmente me da igual lo que esté haciendo aquí, solo pretendo ser educado.

—Ahm... Ehh... He venido a visitar a un amigo — responde nerviosa. Segundos después, su «amigo» se acerca a nosotros para presentarse.

—Hola ¿Qué tal? Soy Mario — saluda. Su acento no es español, tampoco latinoamericano, podría llegar a asegurar que es italiano.

—Encantado — le digo. — Entonces ustedes, ¿de donde son amigos? — pregunto. Llegados a este punto me divierte hacerles la situación aún más incómoda, aunque sea por respeto al desafortunado marido de Aurora.

—Si, él se está quedando aquí unos días por trabajo y he venido a visitarle, somos amigos de la universidad — responde ella, su voz tiembla más que nunca.

—¿Tu qué? ¿Estás aquí con tu amiga?

Voy a responder que sí para quitarmelos de encima, pero no soy capaz.

—No, es una chica que he conocido aquí, la estoy ayudando a encontrar a su novio. Ahora cuando baje la conocerán. Ah, mira, ahí está — digo señalándola cuando la veo salir del ascensor.

Ella sube la mirada y se nos queda viendo petrificada. Después, cuando parece caer en cuenta de lo que está viendo, grita de emoción, estalla en lágrimas y se echa a correr hacia Mario.

Ambos se besan apasionadamente.

Aurora parece estar más incómoda que nunca. Y no es la única; el chico es incapaz de esconder lo nervioso que le ha puesto toda esta situación.

Luego de la intensa demostración de afecto, lo suelta y me abraza a mí. Pocas veces había recibido un abrazo tan sincero y verdadero como el que ella me da. Ahora soy yo quién no sabe qué hacer. Está claro que ninguno de ellos va a decir nada, yo soy el único que podría decirle a Mónica que su novio estaba pasando la mañana con Aurora en su habitación de hotel.

—¿Cómo lo has encontrado? Es increíble, ni siquiera tenías un plan para encontrar a tu novia ¡y has encontrado al mio! — grita ella eufórica al dejar de abrazarme. No sé que responder. Su mirada es tan inocente y se ve tan ilusionada que por un segundo se me cruza por la cabeza decirle la verdad y joderle la vida al cabrón de su novio. Pero ni siquiera tengo pruebas, terminaría creyéndole a él y no a mí, y quedaría yo haciendo el ridículo.

—Eres muy buena dibujando — le digo antes de dirigirle una severa mirada a Mario. Espero que ahora sea él quién siga el juego. Todo esto me hace sentir como una completa basura.

—Sí, la verdad es que es muy buena — dice él, y por un momento las ganas de partirle la cara de un golpe son incontrolables.

— ¿Ella es tu novia? — pregunta Mónica al ver a Aurora. No me queda otra que seguir construyendo la gran mentira.

—No, es una amiga que me he encontrado en la ciudad mientras paseaba buscando un lugar donde cenar, ha sido todo casualidad. La traigo hoy conmigo porque me acompañará luego a seguir con mi búsqueda, ya sabes, ahora que has encontrado a tu novio necesito a alguien que me ayude con las direcciones y el francés.

—Bueno, Luis y yo les dejamos disfrutar de su día juntos, nosotros seguiremos con lo nuestro — comenta Aurora. Puedo notar la rabia en su voz.

Mónica no dice nada, creo que ha podido notar lo mismo que yo, solo que pare ella el enfado no tiene explicación alguna. Me dice que aún no se irá de París, así que cuando quiera nos podemos ver de nuevo aquí en el hotel, ellos estarán encantados en ayudarme a encontrar a Lindsay. Le agradezco el gesto y le digo que posiblemente la encuentre esta tarde y podamos quedar los cuatro mañana. Parece una buena idea.

Salgo por el portón del hotel con Aurora a mi lado. Ella no pronuncia palabra alguna, imagino que avergonzada por lo que acaba de ocurrir. No era solo el chico quien estaba engañando a su pareja.

—No me mires así — me dice.

—Da la casualidad de que conocí a esa chica hace un par de días, y no sabes lo ilusionada que estaba con encontrar a su novio.

—¿Y? No es culpa mía, él también ha querido.

—¿Y tu marido?

—Que se joda mi marido, él también hace lo suyo por su lado.

Escucharla hablar de esa forma me causa repugnancia. Sabía que ella era una chica rebelde, pero esto solo me hace pensar en ella como una cualquiera.

— Bueno, no tengo nada que hacer contigo ahora, que te vaya bien — le digo, y me separo de ella con el mayor de los descaros. No quiero estar ni un segundo más a su lado. No sé porqué, pero todo esto me ha molestado más de la cuenta.

Me pierdo en la ciudad. Molesto con el mundo. Es increíble que una pareja planea un viaje así y uno de ellos sea capaz de engañar al otro, ¡durante el viaje! Algo dentro de mí dice que debo volver y hablar con Mónica, contarle la verdad, pero sigo pensando que eso solo me haría quedar como un loco, ella le creería primero a él que a un chico al que solo conoce de dos días.

Debo centrarme en lo mío, esta tarde iré a La Casa de la Nonna, encontraré a Lindsay y todo esto habrá terminado. Estaré de nuevo con ella, feliz por empezar a planear una nueva vida juntos.

*

Estoy de nuevo frente al pintoresco y acogedor restaurante italiano; esperando ver a Lindsay caminando por la calle y siguiendo las instrucciones del papel que escribió mi amigo Gilbert invitándola a encontrarme en La Casa de la Nonna cuando el sol estuviese por desaparecer en el horizonte.

No quiero confiarme, la última vez que estuve aquí pensaba que todo esto estaba por acabar, que iba a encontrar a mi novia, que ya podríamos volver juntos a Estados Unidos, y finalmente tuve que volver a empezar.

El cielo comienza a oscurecerse, lo hace con tanta rapidez que me siento como si todo fuese una reproducción de un time-lapse anteriormente grabado con una cámara. Vuelve el frío ártico a mi pecho, ese que me hace sentir vivo pero muerto de nervios al mismo tiempo. Lindsay tiene que estar cerca, y esta vez tiene que ser ella.

Saco una naranja de mi mochila, solo para recordar una vez más su olor, esa fragancia que tantos buenos recuerdos me trae. La que llevaba puesta esa noche de fútbol americano, la noche en la que hicimos el amor por primera vez, la misma en la que me cogió de la mano y en la que nos dimos nuestro primer abrazo. Es ese olor el que usaba la noche que la besé por primera vez, y la de nuestro primer San Valentín o la de nuestro primer viaje juntos.

De pronto se me acerca un policía. Por la forma en que camina y el gesto de su cara, debe ser el típico idiota al que le daban collejas en el colegio y que terminó haciéndose policía para sentirse autoridad alguna vez en su vida. Me dice algo en francés que no alcanzo a entender.

—Sorry, I'm a tourist, I don't speak french — le digo sonriente y nervioso a la vez; lo primero por intentar caerle bien, lo segundo porque nunca se sabe qué intenciones tiene un policía.

Sigue hablándome en francés, ahora parece enfadado, más de lo que ya parecía estar cuando caminaba hacia mí.

—I don't speak french, no hablo francés — le repito ahora en ambos inglés y español, a ver si tengo suerte de que me entienda esta vez.

Me coge del brazo y me lo tuerce con fuerza hasta la espalda a la vez que me empotra contra el banco en donde estaba sentado esperando. Le digo que está equivocado, que yo no he hecho nada, pero parece no entender, o no querer hacerlo. Es el momento más vergonzoso, frustrante e injusto que he vivido, a lo mejor el destino no quiere que encuentre a Lindsay, puede que ella tenga un futuro mejor en Estados Unidos, con un abogado americano o un ingeniero amante de los gatos. Tiene que ser esa la razón de mi

mala suerte.

Me lleva hasta una patrulla que tiene aparcada cerca del lugar, donde lo está esperando su compañero. Le comenta algo en francés, este asiente, y luego me mete brúscamente en el asiento trasero del coche.

Empiezo a preguntar de nuevo por qué estoy siendo detenido, todo esto tiene que ser un error.

—Do you have your wallet with you? — pregunta el conductor, todo esto tiene que ser un error.

—Sure, why?

—Can you lend me your ID to my partner, please?

Lo hago. Tal vez me pueda entender mejor con este agente y se de cuenta de que todo esto no es más que un malentendido. Le paso el DNI y el pasaporte por una ranura que hay bajo la reja que me separa de los asientos delanteros.

El otro mira mi identificación y pasa directamente al pasaporte; se queda unos segundos ojeando este último. No tengo nada que esconder, así que prefiero que tarde tanto tiempo como le sea necesario para darse cuenta de que se está equivocando de persona.

Le dice algo en francés al conductor y luego me devuelve el pasaporte. Me quedo un momento en silencio, esperando que alguno de ellos me diga algo; al no hacerlo, decido preguntar yo.

—Is everything ok?

—Not really, we will talk in the commissary, now just keep in silence — dice el menos simpático de ellos.

Respiro hondo y le hago caso, no quiero que haya ningún problema. Sólo pienso en Lindsay, debería estar con ella ahora mismo.

Capítulo doce

Por primera vez desde que estoy en París, sé qué hora es. Creo que está más que justificado ver el reloj de pared que tengo en frente para contar cada segundo que pase dentro de esta pocilga. Jamás había tenido problemas con la policía, de ningún tipo, y tampoco pensé que los tendría, pero parece que en esta ciudad me puede pasar de todo.

Aunque sea doy gracias a Dios de que estoy solo, estar encerrado en el calabozo con algún delincuente sería suficiente para decidir volver a Madrid tan solo salir de aquí.

Son dos horas ya las que he estado esperando a que alguien venga a decirme qué es lo que pasa. Hace un rato estuve pidiendo ayuda a gritos, que alguien bajase a decirme algo, o aunque sea a hacerme compañía, pero nada.

De pronto escucho el sonar de unas llaves, alguien está entrando, ¡por fin! Es el agente que me detuvo, hubiese preferido que fuese el que conducía, por alguna razón este parece estar continuamente de mal humor. Ni para que me toque el policia agradable tengo suerte, pienso mientras el hombre cierra la puerta por la que ha entrado y camina hacia mi celda.

—Hey agent, did you already check I'm not the guy you are searching for?

No hay respuesta.

Abre la puerta de mi celda y entra.

—Agent?

Un fuerte empujón me empotra contra la pared trasera del minúsculo cuarto. El hombre se tira encima de mí y con su antebrazo presiona mi cuello contra el concreto. ¿Qué coño he hecho yo para merecer esto?

—You know something? I'm tired of spanish people like you coming to Paris and doing bad shit — me dice, haciendo cada vez más fuerza.

—I'm not even spanish — le digo, a lo mejor ello sirve para que nos empecemos a llevar mejor.

No? That's what your passport says, do you think I'm stupid? Are you playing with me, you fucking spaniard pig?

—I'm not, look at my DNI again, it says I was born in Venezuela, please.

Su brazo empieza a presionar con menos fuerza, aunque sea le he hecho dudar. Me suelta y se aleja un par de metro de mi, la celda tampoco le permite alejarse mucho más. Se queda viéndome por unos segundos, de arriba a abajo, examinándome como si fuese un extraterrestre o algo por el estilo.

—Well, now you say it, its true you could be from another place.

—I swear agent, I have a spanish passport because I have lived there for many years, nothing more.

—I'll go check it out, I swear that if you are lying to me I will make you regret about it, ok? — me dice ya saliendo de la celda y cerrándola nuevamente con llave.

Yo le aseguro que lo que estoy diciendo es verdad. Nunca pensé que ser venezolano me salvaría de que alguien me diese una paliza, pero siempre hay una primera vez.

Jamás imaginé que este viaje iba a ser tan complicado, de haberlo sabido hubiese pensado en cualquier otra cosa. ¿Qué habrá pensado Lindsay al ir a La Casa de la Nonna y ver que yo no estaba? Puede que incluso pensase que me he arrepentido a última hora y que he decidido volver a Madrid o algo así. Espero que no, sería el colmo de la mala suerte.

Todo esto me lleva a pensar en los buenos tiempos juntos, aquellos en los cuales no nos preocupaba nada de lo que nos preocupa ahora, no pensábamos en nuestro futuro de una forma tan seria.

Quisiera volver a esos días, cuando nos veíamos todos los domingos y sabíamos que nos quedaba mucho tiempo juntos aún; cuando anotábamos ideas de planes en una lista y nos prometíamos hacerlos juntos uno tras otro. Añoro esas noches viendo las estrellas y esas mañanas acompañándola a coger el autobús para ir a trabajar. Ahora todo es tan difícil...

El sonido de las llaves interrumpe mi viaje mental al pasado. Ahora vienen los dos agentes, el primero de ellos, quien estuvo a punto de darme una paliza hace unos minutos, me mira y sonrío, parece que ha comprobado que no soy español. El otro es primera vez que lo veo, aunque por su forma de andar y su vestimenta supongo que es una especie de sargento, al menos de más alto cargo que los dos que me han detenido.

Se aproximan en silencio hasta mi celda, esta vez no entran, se quedan de pie ante la reja que hace de puerta.

—Do you know why you are here, sir? — me dice el agente que hasta ahora desconocía.

—No — respondo a secas.

—You are here because your ID was used and seen two days ago in a jewellery shop robbery.

—That's impossible... — digo sin pensar, luego recuerdo que es totalmente posible, cualquiera de los que me atracaron aquella noche pudo haberlo utilizado para cometer el crimen y despejar sospechas. — Well, not really, I got mugged four days ago, I filed a complaint that same night in a police station near the Cathedral of Notre Dame.

El sargento mira al agente que lo acompaña con mala cara y se queja en francés. Espero que este último no tome represalia alguna contra mi por haberle supuesto un regaño de su superior.

—Then how do you have your ID with you right now? — dice el agente.

—I got it from a burglar that I met when I got here.

—Are you friends with burglars?

—I just gave her 10 euros the first day I was in Paris, and now we say hello to each other every time I walk through the street in front of her, she asked me yesterday to come closer and finally gave me my wallet back, now I don't know what were her intentions, but in that moment I just thought she was being good.

Vuelven a hablar en francés entre los dos. Ahora parecen más calmados. El sargento me dice que van a llamar a la comisaría para confirmar mi denuncia y que luego esperarán a que llegue el encargado de la joyería para que les diga si fui yo la persona que estuvo en el atraco a su tienda esa noche.

Perfecto, no me importa esperar un rato más para que comprueben que no tengo nada que ver con esto. Solo quiero salir de aquí, encontrar a Lindsay y volver juntos a Madrid, a Estados Unidos o a donde sea, pero juntos.

Paso casi una hora esperando a que vuelvan. Suficiente para hacer un retrato mental de cada centímetro de esta pocilga y no olvidarla jamás. Desde los desgastados y oxidados barrotes de hierro hasta el intenso olor a orina, pasando por los mensajes escritos en las paredes en todo tipo de idiomas, uno de los cuales recita en perfecto español: «No te amé lo suficiente como para quererte, pero si lo suficiente para matarte». Me da escalofríos el solo pensar la suerte de tan desgraciada amante, y la frialdad de su asesino, que quiso dejar un recuerdo para siempre en las paredes de este mugriento lugar.

Escucho de nuevo los pasos de los agentes, de nuevo las llaves, de nuevo la puerta..., espero que esta sea la última vez que los escuche.

Vienen hablando en francés, esta vez riéndose, no parece que se estén tomando esto demasiado en serio. Se supone que al señor le han robado la joyería ¿No? ¿Qué hace riéndose si se supone que delante de él puede estar el presunto delincuente? A lo mejor está disfrutando el momento de condenar a quien lo robó, o a lo mejor simplemente ríe un chiste malo de uno de los agentes.

El sargento me señala y le habla en francés al viejo que viene con ellos, me imagino que le pregunta si soy yo quien estuvo allí esta noche.

—Hey! — me saluda el viejo después de negar varias veces que fuese yo quien lo atracó.

Me quedo un poco confuso, por la forma en la que me ha saludado parece que me conociese de algún lado, y yo sinceramente no me acuerdo de él.

—Hey — saludo yo por educación, no quiero ser antipático con la persona que tiene la llave para sacarme de aquí.

—Do you remember me?

—Hmm, your face is slightly familiar to me, but I can't remember where from — miento. Su cara no me suena de nada.

—You come to my jewellery days ago to give me that good smelling orange, you was the young boy that was searching his girlfriend — me dice ahora haciendo un esfuerzo por hacerse entender en inglés.

—Oh yeah, that's me — le respondo sonriente.

Benditas naranjas que no solo me han ayudado a buscar a Lindsay sino que me van a sacar de esta porquería. Menos mal que el señor tiene buena memoria.

Se gira a hablar con los agentes en francés. No entiendo nada de lo que dice, pero puedo imaginar que les está diciendo que no soy quien están buscando y que deben dejarme salir, espero que sea eso. Ahora los tres se dan la vuelta y el sargento saca de su bolsillo el juego de llaves que abre mi celda, la abre y me invita a salir. Parece que por fin soy libre.

—We are sorry for the inconvenience.

—Yes, we are sorry — acompaña el agente a su superior.

Yo a estas alturas no quiero las disculpas de nadie, lo único que necesito es volver a la ciudad para encontrarme con Lindsay, decirle que gracias al olor de su perfume y a las naranjas de París soy un hombre afortunado (decir que soy el más afortunado del mundo sería exagerar después de todo lo que me ha pasado durante estos días).

Subo las escaleras camino al hall de entrada de la comisaría, cojo mis documentos, me despido y salgo del lugar. El viejo sale conmigo y va directo a su coche, una vez dentro, se queda mirándome desde su asiento y baja la ventanilla.

—Do you want me to take you to your hotel? — me pregunta amablemente.

Yo ya no sé en quién confiar y en quién no, pero aceptar la ayuda del viejo joyero no me cuesta mucho después de pasar horas detenido, así que camino hacia él y me subo a su lado, dándole las gracias por tan amable gesto.

—Do you find your girlfriend? — me pregunta. No habla un inglés perfecto, pero si lo suficientemente bueno como para hacerse entender.

—No, I was supposed to meet her this evening but I ended up in the commissary.

—Oh, what a bad luck.

—Yes.

Se queda un rato en silencio, como pensando en mi situación, luego sonrío, pero permanece callado.

—What? — pregunto yo curioso. Quiero saber el porqué de su tímida risa.

—Do you want me to tell a story to you?

—Sure — le digo. Me interesa poco la vida de la gente, pero este señor me ha ayudado lo suficiente como para escuchar lo que sea que me tenga que contar.

— Thirty years ago, when I was thirty two, I met a woman, her name was Reneé and she was from France. We met in a cafeteria in New York. In that years it was difficult to ask a girl for a date, but I was brave enough and I did it. She accepted, and we had a really good date. The problem was she was leaving NY, because she lived in Paris, and I was leaving too, because I lived in Athens. I was really sad cause I

really liked that girl, you can say its not possible to fall in love in a short time, but there is nothing impossible in love. The thing is we left our cities, there was no Facebook in that time, so we just said goodbye. Three years later I went to Lisboa for vacations, I used to go to the same restaurant every night, and God knows why, she was there one night, I couldn't believe it! I approached her and she remembered me, we were really happy with seeing each other, but sadly, we may have to say goodbye again, and yeah, that happened. One year later my company asked me if I wanted to go to Paris for a job, at first I doubted but finally I said yes. I can't deny one of my motivations was seeing Reneé again, we were going to live in the same city, no more goodbyes. Just as I arrived to Paris, I started looking for her, every day, I swear there was nothing I did with more effort than looking for her. After two months, I ended up finding her and we had dinner together. That was the saddest day of my life...

El viejo se detiene por unos segundos, me giro para ver qué le ha pasado y veo que está limpiándose las lágrimas de la cara. Primero pongo mi mano en su hombro, intentando consolarle, luego le pregunto por qué esa noche, que se suponía debía ser la noche más feliz, acabó siendo la noche más triste.

—She had cancer, a real advanced one, so she was going to die soon. I remember I wanted to ask her how many days I had to make her happy, but she told me it was better not to see each other again, and that's what we did. I said goodbye, and I have not known nothing about her since that day.

Se detiene nuevamente a limpiar sus lágrimas. Esta vez son más.

—I have always regret of what I did.

—What?

—Respecting her decision, I should not respect it and spend all her last days at her side.

Ahora ambos nos quedamos en silencio. Por un momento me pregunto el por qué de que el señor haya decidido contarme dicha historia, no tiene mucho que ver ni con joyas, ni con atracos, ni con naranjas.

—You should think why I am telling you this, right?

Me limito a asentir con la cabeza, no soy capaz de decirle que sí, pienso que sería muy grosero.

—I don't know why I did it, something just made me feel I had to tell it to you — termina diciendo.

Luego llegamos a casa de Gilbert, nos despedimos en silencio. Es una situación muy extraña, después de haberse desahogado de esa manera, el hombre se despide de mi como si lo estuviese haciendo de un perro. Yo, tímido y aún impactado, me limito a darle las gracias y me bajo del coche; después de todo, ya estoy aquí de vuelta, a un día de encontrarme con la razón de todo esto, Lindsay.

Capítulo trece

Despierto sudando, exaltado y con el corazón a millón. Menos mal que todo no ha sido más que una pesadilla, era tan real... Estaba ahí, de pie en el altar, esperando a que llegase la novia, feliz e ilusionado, y de pronto mi amigo Reinaldo se acercaba a mi y me enseñaba un video que había hecho de mi futura esposa besándose con otro hombre a la salida de un conocido hotel de la ciudad.

Mi vida se venía abajo en un segundo, lloraba como un niño, pero sobre todo, agradecía a mi amigo por haberme hecho ver la verdad antes de cometer lo que podría haber sido el peor error de mi vida. Todo esto me lleva a pensar lo que ocurrió hace unos días con Aurora y el novio de Mónica; debo ir allí y decirle la verdad, si no, puede que termine una viviendo una mentira, ella ni siquiera es mi amiga, pero sé lo mucho que quiere a ese idiota y no quiero formar parte de su engaño.

Me visto lo más rápido que puedo y después de despedirme de mi amigo Gilbert, emprendo mi camino hacia el Hotel París, donde Mónica debe seguir hospedada.

El camino me sirve para pensar una y otra vez la forma más concreta de contarle todo, analizar sus posibles respuestas y saber cómo reaccionar ante ellas; me gusta plantear todos los escenarios posibles en cualquiera de mis planes.

Puede que ella reaccione bien, es decir, que crea lo que le diga; otra opción es que dude un poco e intente comprobarlo por su cuenta, y finalmente, la peor de todas, es que crea que yo estoy enamorado de ella, o que estoy loco, que se lo cuente a su novio y que me terminen dando una paliza.

Tardo unos veinte minutos en llegar a la recepción del hotel, pregunto por ella, el recepcionista llama a su habitación y me dice que bajará pronto. Espero que lo haga sola, no sé qué hacer si se le ocurre bajar en compañía de Mario.

Me siento en el mismo sofá en el que me senté a esperar la última vez que vine. Es curioso que en un hotel de lujo haya un sofá tan incómodo, pero bueno, supongo que su prioridad son las habitaciones, que son para la gente que ha pagado, y no el hall, que suele ser para gente que no tiene nada que ver con el hotel.

Empiezo a frotar mis dedos unos con otros, el típico tick que hago cuando estoy feliz o nervioso; esta vez la causa es lo segundo. Tan solo suena el ascensor, estos se empiezan a mover tan rápido como si estuviese tocando una agitada pieza de música en un piano. Ni siquiera debería estar aquí, no es mi problema el futuro de Mónica y Mario ¿Por qué intento siempre ser un héroe?

Ella aparece cuando las puertas se abren, su gesto es muy diferente al que tenía hace unos días cuando encontró a su novio. Su cara está lejos de ser tan atractiva como lo era el día que la conocí, sus ojos reposan encima de unas gigantescas ojeras de tristeza, su pelo está grasoso, recogido en un moño sin sentido, y su ropa, que hace días era ceñida y sexy, hoy es poco más diferente a un pijama viejo.

—What happened to you? — le pregunto entre curioso y preocupado.

Ella solo camina en silencio, me saluda con un beso en la mejilla y me dice: —Could we go to a cafeteria and talk about it? I can't do it right here — la cara de asco con la que mira el sofá en donde estoy sentado me ayuda a hacerme una idea de lo que ha pasado.

Acepto y caminamos en silencio durante unos minutos hasta la cafetería más cercana. Yo pido una cerveza, no soy mucho de café, además que puede que me ayude a soltarme un poco y tener una mejor conversación con Mónica; ella pide un café con leche.

Nos sentamos en una de las mesas más alejadas de la puerta de entrada, es una manía que tengo, y parece que ella está de acuerdo con apartarnos lo mas posible de cualquiera de las personas que hay dentro del lugar.

—So, why do you have that face? What happened? Where is Mario? — le pregunto después de que nos hayan traído las bebidas.

Ella traga fuerte, puedo notar que está intentando contenerse de romper en llanto. Da un sorbo a su café, puede que buscando que este le ayude a dejar los sentimientos de lado y hablar con claridad de lo que sea que haya pasado.

—Mario cheated on me — dice directamente. Lo dice con tanta frialdad que me hace dudar de si estaba verdaderamente a punto de llorar hace unos segundos.

Me resulta curioso y a la vez cómico que después de haber pasado horas preocupado por la forma en la que Mónica reaccionaría ante mi noticia, ninguno de los escenarios planteados haya servido de nada. Si hubiese tenido que escribir en un papel las diez situaciones con las que pensaba que me podría encontrar, jamás hubiese escrito esta. Sin embargo, he de aceptar que me ha resultado de gran ayuda, ahora todo es mucho más fácil.

O no...

Justo cuando voy a responderle me surge la mayor de las dudas. ¿Debo decirle que ya lo sabía? ¿Debo hacerme el loco y suponer que no tenía ni idea del engaño?

—Mónica, I'm sorry, I came here to tell you that — le digo. No he mentido en lo absoluto, y aunque sea por ahora, tampoco he tenido que decir cuándo me enteré de ello.

—Did you already know this? How? Did you know it before finding him and taking him to the hotel?

Ahora la duda es qué le habrá contado Mario. Por lo que acaba de decir, debe seguir pensando que fui yo quien encontró a su novio y lo llevo al hotel, y no que en realidad me encontré con él y con Aurora justo después de haber amanecido juntos.

—Mónica, I don't know what Mario has told you but I wasn't the one that brought him to the hotel — le digo. Llegados a este punto he decidido contar toda la verdad, independientemente de la reacción que pueda tener ella.

—What? Who did it then? Please Luis, tell me all that you know, I need you to do it — el tono de súplica en sus palabras me hace ablandar incluso más. Voy a contarle todo exactamente como ocurrió.

—I went that day to the hotel to see you and talk about how our plans were going. Then, while I was waiting for you, I saw a friend of mine, Aurora. The thing is some seconds later your boyfriend appeared, they had slept together. You came a bit later and all the situation got really weird, I want you to understand I didn't know that they have slept together, I knew it later because I asked Aurora about it.

—When were you going to tell it to me?

—I was here today to do so, and that's what I'm doing, I didn't do it before because I was nervous and I didn't know how you will react to it, we are not close friends, you would have believed your boyfriend a thousand times before believing me.

Ella se queda en silencio, meditando lo que acabo de decir. Si no se deja llevar por la rabia y piensa objetivamente, se dará cuenta de que cualquier persona hubiese reaccionado igual que yo, de hecho, la mayoría de la gente se hubiese olvidado de ella, no hubiese venido a contarle la verdad.

—I just can't believe what he did, he was perfect — dice. Ahora baja la mirada y revuelve su café con la cucharilla.

—Nobody is perfect, which doesn't mean everybody is a cheater, you just had bad luck.

—Yeah

—Or maybe it's good luck, just think about it, now you can reorganize your life and find another man, you could be near of starting a life with an idiot.

Ella sonríe y asiente; seguramente mis palabras no sean suficiente para calmar su dolor, pero irán cobrando sentido con el paso del tiempo.

Nuestra reunión termina hablando de Lindsay, de lo cerca que estoy de encontrarme con ella y de lo difícil que ha sido todo este viaje para mí y posiblemente para ella.

—Well, I wish the best of luck to you and your life with Lindsay, it was nice to meet you — dice Mónica después de despedirnos con dos besos.

—It was nice to meet you too, I wish you the same, my friend — respondo yo. Ambos seguiremos nuestras vidas por separado, y con suerte, ella solo será una anécdota dentro del viaje más afortunado de mi vida.

*

He pasado por la tienda Gucci hace unos minutos y me han dicho que la chica que había encargado los perfumes vino ayer y recibí el mensaje que le había dejado. He vuelto a preguntar a las dependientas por su descripción y no pueden estar hablando de otra chica que no sea Lindsay, esta vez es imposible.

Me siento de nuevo a esperar en el mismo banco en el que estuve la última vez. Me trae malos recuerdos, ya que aquí fue donde me detuvieron para luego llevarme al calabozo, pero es el mejor lugar para esperar, sobretodo porque luego también podrá pasar una hora dentro del restaurante.

Con los nervios a flor de piel, miro cada dos segundos hacia el sol, esperando a que desaparezca por completo, solo en ese momento sabré si es ella quién ha recibido el mensaje, y en ese caso, si ha querido venir a encontrarse conmigo.

Una pequeña niña se acerca corriendo y se detiene en frente de mi. Vista una camiseta rosa y unos pantalones de vaquero, y su cabello rubio se divide en dos pequeñas coletas. Se queda mirándome a los ojos, y en buen inglés, me pregunta:

—Are you Luis?

La pequeña se me hace simpática, pero la situación es, como poco, rara. Espero que no sea ella la chica de los perfumes, pienso luego, sonriendo irónicamente para mis adentros.

—Yes little girl, why?

Entonces saca de su bolsillo una pequeña caja, me la da, y luego se va corriendo y se pierde entre la multitud.

Abro la caja curioso y emocionado, la pequeña tuvo que haber recibido órdenes de alguien, y espero que esa haya sido Lindsay.

Saco de la caja un papel doblado, contiene un mensaje que me apresuro a leer:

“You are not the only one that has been trying to make it possible, this little girl was my best helper these days. I have to accept you have been pretty good with the oranges and messages, congratulations, babe”

Mi corazón empieza a latir a millón y una gruesa lágrima cae por mi mejilla derecha. No me da tiempo a pensar. De pronto siento un dulce y embriagante olor, se hace más intenso con cada segundo, se acerca a mi, es ese olor tan increíble, el de las naranjas de París. Dos manos tan suaves como la seda y tan cálidas como un beso se posan en mis ojos. Me quedo quieto, esperando que ella sea quien dé el primer paso.

—Who am I? — la escucho decir.

Entonces el mundo se detiene y no tardo en darle gracias a Dios. Agradezco hasta las horas que pasé encerrado en el calabozo, todo, de una forma u otra, era necesario para poder llegar hasta aquí y encontrarla a ella.

—I love you — respondo. Y después pongo las manos encima de las de ella. Te he encontrado Lindsay, te he encontrado.

Capítulo catorce

Llevaba exactamente una semana esperando esta noche. Necesitaba volver a estar con Lindsay, besarla, abrazarla, hacerle el amor, despertar a su lado y hacer bailar mis dedos en su espalda mientras la veo dormir. Toda esta semana ha valido la pena por pasar aunque sea una noche más como esta: el calabozo, el robo, las naranjas, Aurora y Mario, cada uno de los días que he pasado en esta ciudad ha sido una tontería tomando en cuenta que este era el premio final.

—Buenos días — dice ella con una sonrisa tan solo abrir los ojos. El solo escuchar su voz me hace feliz.

—Buenos días, cat — respondo yo, alegre.

Nos quedamos viendo a los ojos por varios minutos. Creo que jamás hemos tenido una conversación tan compleja y larga como la que estamos teniendo ahora en silencio. Estoy seguro de que puedo leer su mente y ella puede leer la mía, sabemos lo que sea aproxima y lo difícil que puede ser. Es el momento que llevábamos evitando durante años.

Decido levantarme para llamar a mi amigo Gilbert y decirle que todo está bien. No sabe nada de mí desde ayer y debe estar preocupado. No es mi mejor amigo, pero tras pasar estos días en su casa, creo que es el primero que debe saber que he encontrado a Lindsay.

Después de insultarme unas cuantas veces, me felicita y me recuerda que él ha formado parte de la búsqueda. «No quiero que me devuelvas el dinero de las naranjas, pero como mínimo que me invites a la boda» me dice antes de despedirse de mí y desearme la mejor de las suertes.

Vuelvo a la habitación y me siento en el borde de la cama. Lindsay está duchándose, así que aprovecho ese tiempo para tomarme una Coca-Cola del minibar. Todo esto me hace recordar el primer San Valentín juntos en aquel hotel de la calle Alcalá, cuando todavía ni siquiera había conocido a sus padres.

Ella no tarde en salir.

—¿Qué planes tienes hoy para mí?— me dice mientras se peina.

—No he pensado en ello, pero creo que podríamos ir a comer a La Casa de la Nonna, llevo tantos días yendo allí a nada que me encantaría ir contigo esta vez. Además me gustaría que conocieras a Flavia, la señora que lleva el restaurante, ha sido una de mis ayudantes durante el viaje y es una señora muy amable, estará encantada de conocerte.

—Me parece bien.

En menos de una hora ambos estamos arreglados y listos para ir al lugar. Verla perfumarse con la dichosa fragancia de Gucci me hace suspirar y recordar todo lo que he pasado para llegar hasta aquí, además de lo mucho que me gusta ese intenso olor a naranja.

Llegamos a las dos de la tarde a La Casa de la Nonna, jamás pensé que extrañaría tanto usar un reloj.

Puede que haya estado comiendo estos días a las cuatro de la tarde o a las once de la mañana, no tenía noción del tiempo.

Lindsay mira con curiosidad la decoración del restaurante tan solo abro la puerta, me quedo viendo su cara, posiblemente haya sido la misma que puse yo cuando entré por primera vez en este lugar.

Nos quedamos un momento de pie ante el atril de la entrada que dice que esperes a ser atendido.

Busco a Flavia con la mirada y la encuentro después de un par de minutos. Está mucho más agitada de como lo estaba los días que me pasé por aquí, supongo que es porque es la hora de la comida. Espero que haya lugar donde sentarnos, jamás pensé que vería este restaurante tan lleno de gente.

—Hello!— me saluda. Se queda un rato mirándome extrañada. Es obvio, esta no es la chica que ella me consiguió.

— She is Lindsay, my girlfriend — le digo después de saludarla.

—I though...

—Yes, the girl you found wasn't the one I was looking for, she was doing the same kind of trip, but she was not my girlfriend, was a huge coincidence.

—Well, at least you finally found her — me dice sonriente buscando una mesa.

Una vez sentados, la mujer me felicita por haber encontrado a Lindsay, nos dice que hacemos una estupenda pareja y nos deja la carta.

Me quedo viendo a Lindsay mientras ella lee el menú. Tenía tantas ganas de verla... La última vez que me sentí así fue cuando se fue el verano a Estados Unidos por primera vez, fueron dos meses muy duros, pero los superamos con paciencia y Skype. Me quedo embobado, recorriendo cada centímetro de su cara con mi mirada, feliz de estar de nuevo con ella y de estar a punto de comenzar una vida juntos.

Nunca he sido amante de las discotecas, pero bendito el día que fue a Joy Eslava y la conocí.

Ella aparta sus ojos de la carta y me mira. Sonríe. Siempre lo hace, desde el día que desperté a su lado por primera vez y me quedé viéndola dormir, es esa misma sonrisa que pone cuando me da los buenos días.

—¿Qué? — me pregunta.

—Nada, sólo estoy feliz de que estemos juntos.

—Y en París...

—No sabes todo lo que he hecho para encontrarte.

—No creo que sea para tanto.

Y tiene razón, nunca nada será demasiado si la razón es estar con ella. Ni siquiera estar detenido o sufrir

un atraco, o tener que repartir naranjas por media ciudad; lo volviese a hacer todo una y otra vez para poder estar de nuevo aquí sentado junto a ella.

Le cuento todo lo que me ha pasado durante estos días. Al principio no me cree, y con razón, yo tampoco me lo creería. Luego, cuando le enseño el papel que me dieron en la comisaría cuando hice la denuncia, y me pongo serio al hablarle del calabozo, se da cuenta de que le estoy diciendo la verdad.

Ella también me cuenta lo que ha sido su viaje hasta ahora. Tuvo suerte de poder coger su avión en Madrid antes de que detuviesen los vuelos por la alerta de atentado, llegó el mismo día que yo lo hice. Pensó que la Torre Eiffel sería el mejor lugar para buscar su primer ayudante, así que contó con una señora americana que trabaja en la entrada de la Torre, justo antes de empezar a subir escaleras. No le sirvió de mucho, ya que yo nunca pasé por allí. Luego se encontró con una amiga americana que está viviendo en París con su pequeña hija, la que se acercó a darme la cajita del mensaje ayer. Lindsay le dijo a su amiga que podría cuidar de su hija para que ella pudiese ir por las mañanas a un curso de cocina de una semana que quería hacer.

—¿Así que has estado haciendo de niñera durante todo el viaje? — le pregunto curioso.

—La niña es muy buena, no molesta, y me ha estado ayudando a buscarte por toda la ciudad.

—¿De verdad pensaste que una niña tan pequeña sería la mejor de las ayudantes?

—No sé, algo me dijo que ella sería la mejor, y lo hice sin pensarlo — me responde segura. Me encanta cuando la gente se deja llevar por una corazonada.

Terminamos de comer y Lindsay me dice que quiere llevarme a la torre para que conozca a la señora que ha sido su ayudante durante estos días.

—Se va a alegrar mucho de que finalmente nos hayamos encontrado — me dice mientras caminamos de la mano en dirección al monumento más famoso de la capital francesa.

Una vez llegados ahí, nos acercamos hasta una señora de unos sesenta años, de cabello rubio y largo, bien conservada, de esas mujeres a las que un desconocido le calcularía quince años menos. Se levanta de la silla tan solo ve que Lindsay se aproxima. Luego de saludarla con una efusividad propia de un familiar cercano, se queda viéndome como quien ve una valiosa pieza de arte.

—So this is him?— le pregunta a Lindsay sonriente.

Yo aprovecho el momento para presentarme. Parece una señora muy amable.

—You should be the only tourist in the world that comes to Paris and doesn't visit the Eiffel Tower. I would have found you, you are exactly how Lindsay described you.

Sonrío. Tiene razón, debo ser de los primeros, aunque todavía no habría superado mi propio record de ir a Nueva York y no visitar la Estatua de la Libertad.

La mujer nos ofrece subir hasta la cima de la torre. “You both can skip the line if you come with me” dice luego intentando convencernos.

Lo de poder saltarme la cola me convence por completo. Siempre había pensado que lo único malo de querer subir hasta el tope de la torre era tener que hacer horas de cola.

Tardamos unos cinco minutos en subir. La gente nos mira con rabia, la misma con la que me vería yo si después de pasar horas de calor, veo que alguien está pasando por encima de mí. Incluso un chico nos grita algo, pero lo hace en francés, así que no le entiendo.

Una vez arriba, la señora nos dice que no pasemos mucho tiempo allí si queremos salir vivos. Por el tono de su voz, está bromeando, pero no me extrañaría que estuviese hablando en serio.

—¿Alguna vez pensaste que estaríamos aquí?

—No. Hace años estaba a miles de kilómetros de tí, y durante estos días me sentía como si nos separase la misma distancia. Por un momento pensé que no te volvería a ver.

—No pareces tú, siempre tan optimista.

—Soy optimista cuando se trata de algo que puedo resolver yo solo, pero esta vez también dependía de tí, llegué a pensar que te habías quedado en Madrid y que habías rechazado mi propuesta de viaje.

—Lo pensé, pero no soy tan insensible.

—Ni siquiera has debido pensártelo...

—¿Por qué París?

—No sé, es la ciudad del amor ¿Qué mejor lugar que este?

—Hubieses podido elegir un lugar donde se hablase español o inglés — me dice ella riendo.

—Entonces la búsqueda habría sido mucho más fácil.

Ella se queda en silencio. Aparta su vista de mí y ahora se centra en la ciudad. Las vistas desde aquí son impresionantes.

—¿Por qué has hecho todo esto? — me pregunta de repente. Es una pregunta que no me esperaba.

—He hecho todo esto porque no estoy dispuesto a dejarte ir.

—Ya lo hablamos en Madrid, Luis, no hay otra opción.

De pronto el momento romántico se convierte en el inicio de una discusión. Esto era algo que estaba intentando evitar.

—Entonces ¿Por qué has venido? ¿Para qué has aceptado el viaje?

—Solamente pensé que sería una estúpida si rechazase venir, te merecías que viniese después de ser tan especial.

—Entonces ¿Has venido para decirme adiós, o algo así?

Se queda en silencio. Por primera vez en años uno de sus silencios me derrumba. ¿Esto es todo? ¿Todo lo que me ha pasado no ha servido para nada? Para decirnos adiós ¿Y ya está? Una gruesa lágrima cae por mi mejilla; a estas alturas no sé si es de rabia, de tristeza o de una intensa mezcla de ambas.

Me doy media vuelta y me dispongo a bajar. No le digo nada, ahora mismo incluso prefiero que no me acompañe.

Necesito estar solo.

Ella me sigue, pero le aviso que no quiero que lo haga.

—Si viniste a decirme adiós, ya lo has hecho, no quiero seguir sufriendo — le digo exaltado mientras caminamos por los jardines que reposan frente a la torre.

—No has terminado de entender que yo estoy igual de triste que tú, me encantaría poder seguir juntos, pero no podemos. Yo quiero volver con mi familia, tu tienes que seguir aquí, no podemos estar en una relación a distancia durante tanto tiempo, es imposible.

—Pensé que podíamos buscar una solución juntos.

Entonces ella vuelve a callarse. Termino pensando que su intención es acabar la relación y que no sabe cómo hacerlo. Es por eso que cada vez que menciono la posibilidad de seguir juntos se queda en silencio.

—Es mejor que hablemos esto mañana, con más calma, que cada uno tenga su espacio hoy y que nos sirva para pensar todo mejor.

Yo a estas alturas estoy harto de todo. Incluso empiezo a arrepentirme de haber viajado hasta aquí. Todo esto no fue más que una prórroga del adiós, de la misma forma que lo ha sido toda nuestra relación desde que empezó.

Nos despedimos. Ella por su lado con planes de vernos mañana, yo por el mio con planes de volver a Madrid, solo. Vuelvo a llorar, por primera vez estoy seguro de que esto es un adiós para siempre.

Capítulo quince

“Dear Luis:

It wasn't love at first sight or even at the second, but I think because our relation was a product of getting to know each other over many months I felt so comfortable with you. We are pretty different in some aspects, but we're very similar in the things that really matter, like how we spend our time together, we both prefer drinking in quieter settings than going to dance clubs, we both are really close with our families, we both have a love for languages, and for the USA.

I love that we have a list of things to do, it's nice mixing up things up by doing something new every once in a while. It's definitely fun being in a relationship where we can speak two languages and I'm fortunate that you've expressed interest in living in the U.S in the future, it's nice knowing that could be an option.

Luis, you treat me better than anyone I've ever been with, whether it's paying for almost everything, writing me little love letters, trying to make me less homesick, surprising me at my house just to give me a kiss, and not to mention writing me a book, you're just so good to me and I feel safe and comfortable at your side, you make me feel so loved.

I like your confidence, I like how intelligent you are, that you're so motivated to follow your dreams as a writer. I appreciate that you tolerate my indecisiveness and that you respect and understand my need to be alone.

I feel great that my parents really liked you and that your parents like me because family is such an important thing to me (even though it might not seem like it as I'm a few thousand miles away from them...)

I don't know Luis, you're not the person I thought I'd be dating, just because you are so different from other guys I've dated, but that's why I like what we have, because it's different. I love our story.

Lindsay”

Es la cuarta vez que leo esta carta, me la escribió cuando llevábamos menos de seis meses juntos. Recuerdo que aquel día lloré, había sido la primera vez que Lindsay expresaba sus sentimientos hacía mi de forma verbal. Ahora mismo la leo con la intención de cambiar de opinión, queriendo obtener fuerzas para seguir luchando, pero parece que nada es lo suficientemente fuerte como para lograrlo. Lo nuestro ha acabado, y lo peor de todo es que lo ha hecho a lo grande, en los mismísimos jardines de la Torre Eiffel.

Hoy mismo sale mi avión a Madrid. He llamado a la aerolínea para adelantar el vuelo, no pienso seguir aquí ni un día más. He pasado la noche en casa de Gilbert, supongo que ella la ha pasado en el hotel.

En diez minutos vendrá un taxi que me llevará hasta el aeropuerto Charles de Gaulle. Aprovecho el

tiempo que me queda para escribirle a Lindsay un escueto mensaje de Whatsapp avisándole que no pienso quedar con ella hoy, no quiero seguir torturándome con la idea de que aún queda alguna posibilidad.

—¿Ya le has dicho que te vas? — me pregunta Gilbert mientras se toma un café. No ha podido ser él quien me llevase al aeropuerto por cuestiones de trabajo.

— Si, voy a ir bajando, el taxi debe estar por llegar — le digo. Él se inclina hacia mi para darme un abrazo de despedida. Llevaba tiempo que no abrazaba a un amigo con tanto cariño.

— Gracias por todo, amigo — le digo mientras le doy unas palmadas en la espalda.

— Ha sido un placer, espero que vuelvas a visitarme algún día, que te vaya bien, ánimo — me dice él. Y sin mucha más dilación, salgo por la puerta.

*

Recuesto la cara de la ventanilla de la puerta del taxi. Dicen que es imposible poner la mente en blanco, pero creo que la mía, no se si por saturación o pereza, ahora está en completa inactividad.

Me limito a ver las aceras, a ver a la gente caminar por la calle, a leer los rótulos de las tiendas de ropa y sus ofertas, cosas sin importancia, sin sentido aparente para un muchacho como yo que ha perdido a quien se suponía era el amor de su vida.

El conductor asoma la cabeza de vez en cuando por el retrovisor, curioso, creo yo, por saber qué es lo que me ocurre. Sin embargo, se limita a conducir y no me pregunta nada.

Nos detenemos en un semáforo. Sigo con la vista puesta en la calle, algo llama mi atención, una pancarta sujeta a una pared que dice: «Siempre sigue a las naranjas». No puede ser posible, esto debe ser un sueño. ¿Qué sentido tiene esa pancarta ahí? ¿Por qué aparece en un momento como este?

El taxi acelera y dejamos atrás el mensaje. Me quedo pensativo ¿Qué sentido tiene? Por mucho que la vida quiera decirme que siga luchando... Ella me lo ha dejado claro varias veces, no podemos seguir juntos.

Entonces pienso en el viejo joyero y su cuento. ¡Eso es! Para eso me tuvo que contar aquella historia, para que ahora tuviese un último aliento, para que supiese que no todo está perdido.

Miro hacia el GPS del taxi para ver cuánto falta para llegar al aeropuerto; mi sorpresa es inmensa cuando me doy cuenta de que no estamos yendo hacia allí, de hecho, no nos hemos alejado mucho del piso de Gilbert, es como si hubieramos estado dando vueltas por varios minutos.

—Sorry, where are we going? — pregunto extrañado. Aunque ya no quiera ir al aeropuerto, me gustaría saber la razón por la cual el taxista ha decidido deliberadamente cambiar el destino que le he pedido.

—I'm just following orders.

—Whose orders?

—That's classified — me dice sonriendo.

Después de todo lo que ha pasado esta semana, no sabría decir si su sonrisa significa «es alguien bueno que quiere darte una sorpresa» o «soy amigo del atracador de la primera noche y te vamos a matar», sin embargo, prefiero permanecer en silencio e intentar estar preparado para lo que sea que pase pronto.

—We have arrived — dice el hombre aparcando el coche en una acera de la calle sin significado alguno para mí.

—What? What am I supposed to do right now?

—Just get down the car and get into that shop — me responde. Ahora mismo me inclino más por la opción del atracador que me espera para darme una paliza.

Hago caso al conductor, después de todo, aunque esté nervioso y asustado, mi curiosidad puede más que todo.

Al entrar a la tienda me encuentro con Flavia. Jamás pensé que me encontraría con ella aquí.

—Hey! What are you doing here? — le pregunto.

—You have to follow the oranges, take this — me dice a la vez que estrecha su brazo para darme una naranja. Ahora me siento como en un video juego.

—What should I do with this? — pregunto confundido.

—Eat it and you will find the answer.

Está claro que comer naranjas no me hará encontrar la respuesta, su pista debe haber sido algo metafórico. Le doy las gracias y salgo de la tienda. Me quedo viendo la naranja por unos segundos, examinándola, noto que tiene una pequeña ranura y aprovecho para abrirla por ahí.

No tengo cubiertos para cortarla, así que tendré que comérmela como si fuese una manzana. Empiezo a hacerlo, lentamente, pocas veces había disfrutado tanto comiéndome una fruta.

Mientras me aproximo al centro, empiezo a notar que hay una especie de bola transparente dentro, tendré que comerme al menos la mitad de la naranja para llegar hasta allí.

Una vez lo he hecho, saco la bola de plástico de dentro y la examino por unos segundos. La aprieto entre mi dedo índice y mi dedo pulgar para abrirla por el centro. Cuando lo hago, un pequeño papel sale de su interior. Lo abro, es lógico que debe contener un mensaje.

«Quien te devolvió la identidad, tendrá la segunda naranja»

Lo leo varias veces intentando entenderlo. «Quien te devolvió la identidad», ¿a quién se referirá? Tiene

que ser alguien de París, no tiene sentido que vaya a buscar una naranja en otro país ¿Aurora? No creo... Gilbert tampoco... ¿Los policías? ¿El joyero? De pronto un chispazo me da la respuesta ¡la mendiga!, desde aquí no debería tardar mucho tiempo en llegar a la catedral.

Empiezo a caminar rápido hasta allí. Lindsay tiene que haber hecho esto, no puede tratarse de otra persona. Hace calor, pero no el suficiente para ralentizar mis pasos, puede que termine sin aliento, pero llegaré lo más pronto que pueda a Notre Dame para conseguir la segunda naranja.

Logro ver a la mujer, ahora mismo estaré a unos doscientos metros de ella, camino sin bajar el ritmo, ilusionado y esperanzado otra vez. Ella me espera sonriente, posiblemente riéndose del estado en el que he llegado.

—Hey! — la saludo.

Ella me da primero un papel, esta vez parece ser diferente a la primera.

«Debes decirle a ella por qué quieres estar conmigo, si la convences, te dará la naranja, sino, nunca llegarás al final».

Luego de leerlo veo a la mendiga. Ella me hace señas con sus manos para que comience a hablar. Esto no va a ser tan fácil, sobre todo porque tendré que hacerlo en inglés para que me entienda.

—It's very hard to say why I want to be with Lindsay, not because I can't think about anything, but because there are so many reasons that it's difficult to summarize them. The first reason why I want to be with her is because I feel in peace with myself when we are together, it's like I don't have to worry about anything or anybody, everything is okay at her side. Then we have her smile, I know there are a lot of beautiful smiles, even more beautiful than hers, but she has the most innocent smile I have ever seen, when she does it, something inside me makes me want to hug her as strong as I can, and keep her between my arms, far from this cruel world. There is her personality, she seems cold at first contact, but that makes me feel more privileged cause I worked hard to belong to that really little group of people that receives the real Lindsay, a totally cute, loving and kind person. I have never told this to her, but I love the way she unintentionally pushes me to be the best, she is the reason why I keep trying harder and harder to be a better person, a better boyfriend and a better future husband. I don't even know if you are understanding this or maybe recording it, but in any case, I want you to know that Lindsay has become someone necessary in my life, I can't keep going without her, because I love her and I want to keep making her happy every day of her life.

Ella se queda viéndome fijamente. No sé si ha entendido lo que he dicho, pero de cualquier forma, aunque solo hubiese prestado atención al tono de mis palabras, sabría que lo que siento por Lindsay me hace merecedor de estar a su lado.

Ella se levanta y me da un abrazo. Me quedo paralizado, jamás esperé esa reacción. Sin embargo, invadido por el cariño, le devuelvo el gesto.

Al separarnos, me da la naranja y nos despedimos.

Esta naranja dura mucho menos que la anterior, mi desesperación por llegar al final de todo esto es

mayúscula, así que me la como en cuestión de segundos. Una vez llegado a la bola de dentro, la abro y leo el mensaje.

«Si has llegado hasta aquí, posiblemente hayas perdido el avión. Te espero en el hotel, Lindsay».

Después de leer el mensaje no podría decir qué es lo que me espera. Conociendo a Lindsay, tiene que ser algo bueno. No es el típico tipo de chica caprichosa que me ha hecho perder el vuelo solo para decirme una vez más que lo nuestro no tiene futuro.

Llamo a un taxi y en cuestión de minutos estoy camino al hotel. Mi corazón late a millón, puede que después de todo, esto vaya a terminar bien.

El camino se hace interminable, tanto, que me pongo a hablar de fútbol con el conductor, buscando hacer que se pase lo más rápido posible.

—Okay — se limita a decir el hombre cuando llegamos al porton del hotel.

Le pago, le dejo el cambio, y salgo corriendo por la puerta hasta la recepción.

—Hello sir, are you looking for someone?

—Lindsay Cooper, please?

—Are you Mr. Urgell?

—Yes.

—Someone told us to give you this — me dice el hombre a la vez que me entrega un sobre.

Mi corazón ya no puede ir más rápido, ahora pudiese llamar a la gente del record Guinness para que me tomasen las pulsaciones y rompería el record, seguro. Abro el sobre sin cuidado alguno, haciendo añicos el papel del que está hecho, ahora sólo quiero leer lo que está dentro.

...

...

¿En serio?

¿Después de todo lo que he hecho y he sufrido, así iba a terminar todo?

Me hecho a llorar al suelo.

Jamás había sido tan feliz como ahora, y jamás había querido tanto a Lindsay como ahora. Las cosas buenas en la vida son así, necesitan días de desgracia para surtir efecto, nadie llega a ser feliz sin ser triste antes, porque, si nunca has sido triste ¿cómo sabes lo que es la felicidad?

Reviso el horario de los billetes para confirmar que todo es tal y como lo he visto la primera vez. Sí,

Paris — Nueva York — Baltimore, solo viaje de ida, y son dos. Me quedo viéndolos con lágrimas en los ojos, feliz y orgulloso de estar con una chica tan especial. Todas las historias de amor tienen a un hombre haciendo cosas heroicas por su novia cuando se acerca el final, pero esta, como es única y diferente, la tiene a ella, la protagonista de la historia más bonita que haya imaginado... Lindsay.

Epílogo.

—¿Se acaba ahí?

—Sí ¿Por qué?

—Me quedé esperando el encuentro entre Luis y Lindsay. Además el décimo día...

—Cariño, somos tu mamá y yo, ya sabes como termina.

—No sé qué pasó después del hotel...

—Fui hasta la dirección que ella me había puesto en un mensaje que había justo a los billetes en el sobre.

—¿Y qué más?

—Le dije que lo único que quería era estar con ella.

—¿Le pediste a mamá que se casara contigo?

—¿Tú que crees?

—Que sí...

—Bueno, dejaré que te quedes con tu propio final, al fin y al cabo, todo ha acabado bien.

Entonces se escucha la puerta de la habitación.

—Hey mummy!

—Hey sweetie!

Luis sonrío, después de todo, aquel viaje acabó valiendo la pena.

Table of Contents

[Cover](#)
[Cover2](#)
[Rights](#)
[Title](#)
[Thanks](#)
[Preface](#)
[First part](#)
[Chapter one](#)
[Chapter two](#)
[Chapter three](#)
[Chapter four](#)
[Chapter five](#)
[Second part](#)
[Chapter six](#)
[Third part](#)
[Chapter seven](#)
[Chapter eight](#)
[Chapter nine](#)
[Chapter ten](#)
[Chapter eleven](#)
[Chapter twelve](#)
[Chapter thirteen](#)
[Chapter fourteen](#)
[Chapter fifteen](#)
[Epilogue](#)